



**La casa habitada**  
*Familiares de víctimas de violencia política en Colombia en los años 80 y 90:  
subjetividades emergentes y narrativas de la memoria crítica*

Autora: **Tania Marcela Herazo Mayorga**

Trabajo para optar por el título de: **Magíster en Conflicto, Memoria y paz**

Directora: **Ana Guglielmucci**

Escuela de Ciencias Humanas  
Maestría en Conflicto, Memoria y Paz  
Universidad del Rosario  
Bogotá, 2023

*En memoria de las ausencias presentes que resistieron los horrores  
antes que nosotros.*

*A las mujeres y hombres buscadores de verdades.*

# Contenido

Rehabitando mi propia casa.....	6
1. Introducción .....	12
1.1. La casa habitada .....	12
1.2. Punto de partida: entrelazando experiencias personales y perspectivas analíticas.....	15
1.3. Métodos: tejidos y puntadas .....	33
1.4. Estructura de la tesis .....	37
2. Capítulo 1: La guerra se nos metió a la casa .....	40
3. Capítulo 2: La casa vacía .....	70
3.1. Habitar la ausencia .....	81
4. Volver a casa.....	112
5. Bibliografía .....	121

## **Agradecimientos**

Siento mucha alegría porque tantas personas le hayan apostado a este proyecto, incluso cuando yo misma sentía que no tenía ni pies ni cabeza. Sin duda su apoyo, sus palabras en los momentos apropiados y su contención, me llenaron de una fuerza determinante para navegar por las memorias y las historias que se han ido desvelando con el paso del tiempo. Mis intentos de romper el silencio con los muertos nos llevaron a buen viento.

Agradezco, en primer lugar, a Daniel Chaparro, Mónica Lara y Pilar Navarrete. Su generosidad, confianza y apertura significó para mí el fluir de una sola corriente y sumas en un campo de infinitas restas. Para mí es muy especial que sus familias y voces allegadas a sus familiares hayan aparecido a lo largo de este trabajo: a Rocío, la madre de Mónica, porque su presencia y fotografías acompañaron la reconstrucción de su historia y la de Ricardo. A las hijas de Pilar, grabadas en mi retina como en la foto que cargaba Héctor antes de morir, por la fuerza en sus ojos que me dio lucidez. A la madre de Daniel, porque pude leerla a través de la voz de él y a los amigos de Julio, por supuesto, que no conocí, pero han ayudado a Daniel a construir al poeta. A Julio Daniel, Ricardo y Héctor Jaime por ser semilla, por abrir camino y cultivar esperanza.

Agradezco a Ana, mi directora y editora, por la paciencia y la voz precisa en cada instante. Por creer en mi idea hasta en el último instante donde sentí que no podía más y entender siempre el sentido de este trabajo.

A mi madre por haber acompañado y arado esta tierra para sembrar en mí la posibilidad de ser. A mi hermana, la niña que me mira y que se sueña toda posibilidad: gracias por ser mi brújula. A Germán por ser luz inagotable y compañero incondicional en este contacto vital

con la memoria. Porque cada letra que escribo tiene más sentido cuando es él quien la lee y atesora. A Tanguito Feroz, porque vino de otra galaxia a acompañar mis tristezas y a curar las heridas.

A mi padre, la imagen ausente por la que la escritura de este texto fue tan difícil. Hoy lo miro como un contemporáneo, alguien a quien yo conocí en un tiempo íntimamente y hoy ha muerto en mi historia para crecer en otras formas.

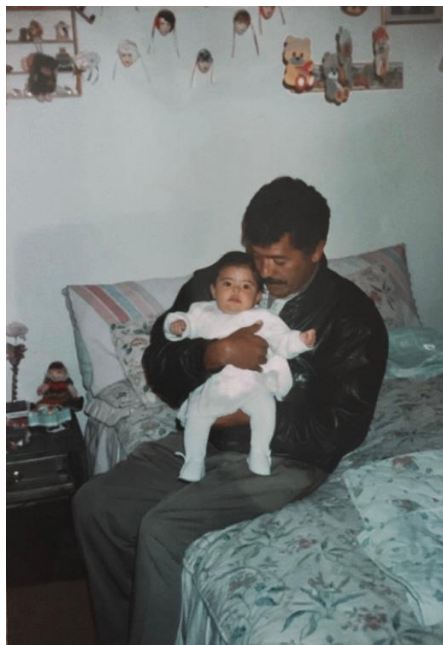
Por último, quiero agradecerme, porque caminar este trabajo es de los actos más difíciles, pero, al mismo tiempo, más reveladores que he vivido. Por intentar ponerme en juego siempre y darme la licencia de curarme en colectivo y no en singular.

A la salud de nuestros muertos.

## Rehabitando mi propia casa

Por favor, escucha esto para acompañar la lectura:

<https://www.youtube.com/watch?v=BlhSvoMifVk>



En la foto aparecemos mi papá y yo. Existen pocas fotografías donde aparecemos juntos y quiero suponer que el hábito de mi papá de no dejarse documentar de ningún modo lo persiguió hasta incluso cuando nací.

Él siempre ha sido para mí un misterio... Un hombre indescifrable o más bien impenetrable. Sé que le gustaba Adriana Varela e Ismael Serrano, y eso lo sé porque en mis recuerdos vagos está su voz ronca cantando alguna de sus canciones mientras iba manejando. También que le gustaba mucho la guitarra, porque quemó ciento treinta discos de música tradicional tocada en guitarra y me los dio de regalo en algún cumpleaños. Mi papá era mucho mayor que mi mamá, un hombre adelantado a su época, muy contestatario y a veces imprudente. Eso se lo heredé y a veces me pesa.

La canción que acompaña la foto es una que le dediqué a mi padre poco después de partir. Como una huella mnémica bien grabada, la melodía me transporta a la última vez que lo vi, a mi infancia, a nuestras caminatas... a cualquier cosa, pero siempre relacionada con él.

Estos datos al azar de la relación de mi papá y yo no son casuales; más bien causales. No me imaginé jamás que un documento académico me iba a obligar a enfrentarme al fantasma de mi papá de la forma tan funesta y macabra que lo ha hecho. Leí alguna vez que lo que una llevaba por dentro la perseguía adonde fuera, hasta que le abriera espacio y eso hizo mi papá: se abrió espacio en mi vida y aquí estoy, intentando rearmar los pedazos de la casa habitada. Vinciane Despret (2021) dice que los muertos solo están muertos si los enterramos. Si no, trabajan por nosotros, terminan diferentemente aquello para lo que estaban hechos. Y mi investigación es esto: lo que mi papá y yo nunca pudimos terminar; lo que no decidimos resolver y hoy la vida nos sienta frente a frente a hacerlo.

Colombia históricamente ha sido un país de ausencias. Hay ausencias voluntarias y forzadas. Y cada una, para los que nos quedamos, ha implicado unas formas de construirse sobre ese vacío. Cada quien las llama como quiere: traumas, sufrimientos, dolores, goces. Una sensación especial que se experimenta con la partida del ser amado: una tristeza, una distancia profunda donde todas las palabras sobran frente a la ausencia. Se queda la vida un poco suspendida, el espíritu inerte, el cuerpo sin forma y todo lo que sale de la boca es redundancia. Yo a este dolor llegué tarde. Qué dura esa idea, ¿no? Resuena a un sufrimiento al que le arrebatan ese espacio para ser lo que es y parece que no puede lastimar, pero luego algo lo empuja a su puesto y parece que no termina: un ciclo.

La última vez que hablamos con mi mamá sobre mi papá no me dijo mucho... Siempre el tema ha sido tensionante y su cara se transforma. Yo solo la veía y pensaba:

¿cómo hablan los cuerpos de la tristeza? ¿Cuánto peso carga o libera cada pena? Mi mamá no solo ha lidiado con la ausencia de mi papá y la incertidumbre de haberle dado todo de sí a un hombre que desconoce, sino también ahora lidia con mis preguntas -evadiéndolas-, y con mi búsqueda incesante por entender qué pasó y por qué. Ser herederos de la ausencia es tener que hacerse cargo de reparar lo que otros rompieron y aquí estoy, junto con Mónica, Pilar y Daniel quebrantando mitos porque como escuché alguna vez: actuar es arrancarle a la angustia su certeza.

Este trabajo de investigación, entonces, parte de las siguientes premisas. La primera: si la teoría no atraviesa las heridas de la vida para sanar o desarmar las fuentes de dolor, no sirve para nada: el primer cuerpo de investigación es el propio. Y esta palabra dicha -o escrita mejor- es el resultado de la experiencia encarnada en el mío. He vuelto a los objetos, a los archivos, a las puertas y a las ventanas para que me digan cómo construyo mi casa y la de mi ausente; los soportes que va dejando a su paso se presentan para emprender un camino arqueológico emocional y onírico que me permite ir atando cabos de nuestro propio misterio. Sin ese vestigio colectivo, no hay forma de delatar la vida que llevo. Y quiero pensar que este también ha sido el camino de las personas que acompañan este trabajo, supongo que eso ha hecho menos solitario este trasegar: descubrir que hay personas con las mismas incertidumbres, pero con una capacidad emocional de volcar su dolor en apuestas creativas y estéticas.

La segunda: estamos tan acostumbrados a la violencia que poco nos preguntamos qué pasa cuando la guerra entra a lo íntimo de una casa. ¿Qué pasa en una familia cuando la violencia la desordena?, es decir, cuando alguien tiene que adjudicarse responsabilidades que no le tocan. La madre que asume el rol del padre cuando esté se convierte en ausencia, los hijos que se vuelven adultos atrapados en los cuerpos de niños. Y este trabajo es

reivindicatorio, pero no de la familia tradicional sino de las apuestas de reestructuración por las que hemos pasado una y otra vez los que nos quedamos. Cuando un ser querido se vuelve ausencia lo que más impacta es que el mundo no está de luto. Sigue saliendo el sol a la misma hora, los pájaros cantan igual, huele a café y todo en la calle se mueve como si nada, mientras nosotros escondemos el duelo del escenario público. Lo más desgarrador de las nuevas reglas familiares son las sutilezas con las que los nuestros caminan sobre su tristeza mientras tratan de cuidarnos.



Ahora que recuerdo, por allá en el 2007, tenía yo tal vez 10 u 11 años, escuché por primera vez Sui Generis gracias a *La Noche de los Lápices*. El profesor de filosofía, para vacaciones de Semana Santa, nos dejó de tarea una lista de películas por ver y escogí esa de primeras. Allí también estaba *La Historia Oficial* y *Crimen y Castigo* (cuando tuve formas de leer el libro, Dostoievski se convirtió en uno de los autores más entrañables para mí). Viéndolas, me enteré de que allá muy pero muy al sur, había unas mujeres con la vida destrozada por una dictadura: las Madres y las Abuelas de la Plaza de Mayo. Todo me parecía tan tenebroso, pero tan lejano al mismo tiempo y tan improbable que ocurriera aquí... Después, descubriendo el ejercicio de la lectura y gracias a los libros que me recomendaba mi papá, leí *La casa de los conejos* de Laura Alcoba y *la Casa de los Espíritus* de Isabel Allende. Se me desgarraba el corazón, aún recuerdo bien, cuando Allende relataba cómo Alba se convierte en presa política y es sometida a torturas y confinamientos terribles o cuando mencionaba los últimos instantes de vida de Salvador Allende antes de que “un

ambicioso general de augustos bigotes” se tomara el poder. Igual, erizada y estremecida, seguía pensando que eso estaba muy lejano, muy improbable por más triste que resultara.

Luego, con la avanzada del bachillerato y gracias al mismo profesor (que se llamaba Óscar), me enteré de que aquí también habían pasado cosas muy graves mientras los relatos del sur no me dejaban dormir en las noches. Aquí también hubo desaparecidos, los del Palacio de Justicia que se los llevaron al Cantón Norte y jamás volvieron. Y cuando lo supe, volví a las películas vistas y me dije: “pero no fueron tantos y, además, eso fue hace mucho tiempo, yo ni siquiera estaba en planes de venir al mundo. Esas atrocidades ya no se van a repetir más.”

Y entonces después, mientras estaba en el pregrado y trabajaba como redactora de la sección cultural en una revista, intenté hacer una crónica sobre Feliza Bursztyn y supe que ella también pasó por cosas horribles por la misma época, que fue allanada su casa y le revolcaron su cama “buscando los polvos perdidos” decía ella, y tuvo que morir en el exilio. Pero después fue peor, porque la realidad me abofeteó con las historias de vida de campesinos, de fosas comunes, de caras conocidas y cantos de tambores. Yo me seguía diciendo: “eso ya no va a pasar más.” Pensaba que, de cualquier manera, eso jamás llegó ni llegaría a mi casa porque aquí estamos más seguros. Y luego, pensando en esa condición tan privilegiada de no saber, más bien de no querer saber, mi papá en una de sus tan fugaces visitas me contó apartes de su vida universitaria, de sus amigos “perdidos”, de carros a las afueras de las casas esperando no sé qué, de los atentados y de nombres de víctimas que eran capaces de llenar estadios enteros de fútbol. A lo mejor cuando él terminaba de contarme, le respondía que eso era en esa época tan perversa de los ‘80 y ‘90, que esa gente ya no hacía esas cosas.

Pero con el tiempo ya no era la voz de mi papá, eran mis amigas, era mi pareja la que había vivido en carne propia las doctrinas de una seguridad democrática que hizo estragos. Las secuelas de la violencia habitan mi casa, en el cuerpo del hombre que decidí amar, en sus silencios y sus distancias. Escribiendo esto, que ya ha pasado por varios tecleos y botones de suprimir y también por años de franquezas y hastíos hasta no querer saber más, he visto cómo el círculo se cierra con los recuerdos de una vida solitaria y llena de incertidumbre, y entonces ya no eran las Abuelas de la Plaza de Mayo sino mi papá y su ausencia prolongada, la historia borrosa de los que no regresaron, mi pareja y el dolor de enunciar su cuerpo torturado ante una sociedad sorda y afónica. Hoy mi generación, la que recoge todas estas experiencias de violencia, nos decimos a sí mismos que vivimos tranquilos y no es más que una mentira a grandes voces que nos repetimos cada día para no ver que las historias de terror de las dictaduras latinoamericanas, como esa de *La Noche de los Lápices*, es también nuestra historia. ¿Cómo pudimos sobrevivir a tanto silencio? ¿Cómo es que llamamos a las cosas por otros nombres para no verlas?

Entonces los buenos tiempos se acaban y siento la necesidad de desmovilizarme de lo que sea que es esta condición de andar con tabiques en los ojos, tal vez por el dolor que genera lo que fue y sigue siendo. Es que llegó la pérdida y arrasó con todo como un fuerte vendaval, diría Fito Páez. Ahora hablo con clamores propios, pero con voces prestadas. Recorro los lugares porque la arquitectura es también un testigo de la historia. Y aquí, como decía Gloria Anzaldúa, planto la batalla contra el silencio. El hacha olvida, pero el árbol recuerda.

# 1. Introducción

## 1.1. La casa habitada

¿Alguna vez se ha preguntado qué es una casa habitada? En mi caso, fue una inquietud que me rondó desde muy temprana edad y solo hasta hoy pude hacer conciente<sup>1</sup> la intensidad con la que aparecía en mi vida. Buscando información para entender mi interés, llegué al campo de la historia de las vidas privadas, de la cotidianidad y a los espacios de la memoria social y cultural. En mi cabeza, partía del siguiente principio: el universo de la casa es uno privado.

La casa, como nos han enseñado por generaciones, pareciera un espacio impávido, íntimo e intocable; sin embargo, los espacios de una casa traen impregnados el habitar de quienes viven allí y la forma en la que construyeron sus usos y los significados. En su arraigo están las redes que se formaron, los hábitos y las relaciones que conectan los ámbitos privados y públicos en un tiempo determinado. La casa, como un objeto sociológico, contiene emociones, recuerdos e imágenes, tanto así que, como afirma De Matta (1987), el uso de una casa puede connotar lo íntimo y privado como una habitación, pero también puede hablarnos de lo público porque puede representar al país o al lugar donde está localizada. "...Estar en casa es reconocer la lentitud de la vida y el placer de la meditación inmóvil [...]. La identidad del hombre es por tanto domiciliar...", afirma Perrot (1991, págs. 25-26), entonces es un polo a tierra, el lugar donde empieza a formarse la

---

<sup>11</sup> "Este tipo de conciencia se entiende desde lo político; es decir, entender cómo opera el contexto en el que existen los sujetos y las experiencias e influencias que tienen impacto en la forma de asumir lo que viene. (...) articula la dimensión psicológica de la conciencia personal con su dimensión social y política, y pone de manifiesto la dialéctica histórica entre el saber y el hacer... Pero, sobre todo, la concientización constituye una respuesta histórica a la carencia de la palabra, personal y social, de los pueblos latinoamericanos, no solo imposibilitados para leer y escribir el alfabeto, sino sobre todo para leerse a sí mismos y para escribir su propia historia" (Martin-Baró, 1998, p. 285).

subjetividad. Es la casa un punto de partida para comprender nuestro propio sistema histórico, social, cultural y económico.

Lo privado de habitar una casa es una experiencia, por supuesto. Una donde se arman historias y escenarios que permiten ocupar los espacios dentro de ella y ubicar cada objeto con un sentido para quienes viven ahí, y en esa construcción compuesta se articula lo cotidiano con los lenguajes sociales. La forma en que nos apropiamos de los espacios y los equipamos habla de nuestra visión del mundo, la relación con lo sociocultural, el contexto histórico y los gustos propios; la manera de habitar una casa habla de nuestro propio espíritu, de nuestras prácticas y rituales. El espacio de la vida privada es el escenario donde están contenida la Historia de lo cotidiano, es donde los objetos cobran sentido para transmitir la memoria. Por eso, la casa- objeto, en un sentido amplio, se vuelve el testimonio tangible de una materialidad que interactúa con la vivencia. Es la casa habitada entonces un testimonio y un espacio de memoria colectiva: “La casa, como objeto cultural, se coloca como uno de los recuerdos posibles en el universo individual y colectivo, por estar presente en el universo individual y colectivo y por mostrarse como un fragmento dentro del capital infinito que es la memoria” (Perrot, 1991, p.10)

En ese orden de ideas, la casa nos podría hablar de lo íntimo de la guerra en Colombia, pero también cómo desde allí se reconstruyen familias, subjetividades y recuerdos. En las casas se habla de las ausencias-presencias esperando que estas vivan de otras maneras. Se vuelven alma, libro, un adorno central, una nueva manera de habitar. Cuando la guerra irrumpe la cotidianidad, la ausencia se manifiesta en otros modos de presencia en un lugar vuelto cenizas. Un lugar que deja de ser privado cuando la violencia reina. Esa casa pulverizada vuelve a ser lo que es por quienes la rehabetan: “el aquí se vació y hay que construir un allá” (Despret, 2021) La guerra y sus modos de violencia enseñaron

a los que se quedaron a cuidar la relaciones con sus ausencias: a darle un lugar, a resignificar la palabra de su muerto y a instalarlo en un nuevo espacio con cimientos tan resistentes que ni un huracán lo pueda tumbar. Esto no quiere decir, por supuesto, que las casas entonces no tuvieran dinámicas relacionales complejas: en estas hay dolor, sufrimiento, juegos y distancias que son cotidianas, pero con la violencia hay fracturas, reorganización de roles, un caos tan complejo que toma tiempo ordenar e, incluso, a veces no se logra.

Este es un país de ausencias, ya lo muestran millones de casas donde ellas habitan, y lo que ocurre alrededor de estas se ha constituido como un tema de profundo interés y debate en diferentes escenarios. Las diversas interpretaciones históricas, sociales, económicas y/o políticas también han atravesado la forma en la que cada persona ha representado y comprendido las experiencias de violencia y cómo las tramita en su propia casa. Para las personas participantes de este trabajo, aun con diferencias intergeneracionales, han sido décadas de reconstrucción y reivindicación de la memoria de sus familiares, pero también de silencios y censuras constantes. De sus familiares se han contado verdades que se han convertido en el retrato de las memorias oficiales que, hoy día, podemos leer sobre la historia del país. Estas memorias amparadas por narrativas históricas, hegemónicas y oficiales han causado grietas familiares, colectivas e incluso identitarias, no solo en ellos, sino también en la historia misma de los acontecimientos. La casa, entonces, se desfigura y se transforma en un continuo, donde entran y salen voces, objetos y contenidos para enunciarla.

La memoria, como diría Jelin (2001), se entiende como un objeto de trabajo que se construye, se consolida, se transmite y se legitima. Significa un referirse a “recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos donde hay un juego de saberes, pero también

emociones. Y también hay huecos y fracturas.” Este trabajo de investigación, siguiendo estas preocupaciones por las ausencias y sus memorias, aborda las experiencias de violencia a las que fueron sometidos los familiares de tres personas, durante la década de 1980 y 1990 en Colombia. Centré mi análisis en la descripción de las experiencias de violencia a través de la reconstrucción de sus historias de vida. Para ello, me enfoqué en identificar las estrategias narrativas y estéticas utilizadas por mis interlocutores en ese proceso de construcción subjetiva y en las posibles convergencias y divergencias de dichos procesos subjetivos y políticos ligados a las memorias de lo experimentado. Con base en este objetivo, he pretendido dar cuenta de cómo dichas experiencias han sido resignificadas por medio de procesos de subjetivación política asociados al trabajo de memoria. A su vez, busqué dialogar de manera crítica con trabajos que se centran en recoger estas experiencias desde la perspectiva de la victimización, el trauma y los daños. La apuesta era darles mayor relevancia a las estrategias subjetivas para posicionarse frente a estas experiencias de violencia y construir narrativas en torno a lo sucedido y, cómo esto se representa en la cotidianidad y en las acciones reivindicativas para la propia búsqueda de verdad, memoria y justicia. Mi perspectiva apuntó a mostrar cómo este gran conflicto, que parece no extinguirse, decanta en las vivencias más cotidianas de quienes habitamos este país. En otras palabras, cómo la violencia habita la casa, se vacía con la experiencia para rehacerla de otros modos más agenciantes y reivindicativos.

## **1.2. Punto de partida: entrelazando experiencias personales y perspectivas analíticas**

Esta investigación se relaciona, como mencioné previamente, con un interés por mi propia historia y lo que la experiencia de la ausencia-presencia ha significado para mi vida.

Mi trayectoria académica y profesional también se ha visto permeada por esta experiencia. En relación con el problema de investigación, desde mi pregrado, el interés amplio por las estrategias para reinterpretar las experiencias de violencia se hizo más marcado, pero se decantó en un análisis psicoanalítico sobre conceptos relacionados en la obra *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, que al final funcionaban para comprender la violencia y la muerte en Colombia.

Sin embargo, con el trabajo comunitario al que he podido acercarme, el apuro por comprender cómo emergen nuevas subjetividades con las experiencias de violencia no se hizo esperar y el ejercicio de estudio de la maestría amplificó ese interés. Ahora, mis inquietudes venían acompañadas de historias reales, de rostros y voces conocidas y eso implicó para mí apostar por otras formas de comprenderles. Por esta razón, hay varias categorías que aparecerán a lo largo de este trabajo que son fundamentales para la comprensión de cómo las experiencias de violencia en mis interlocutores han sido resignificadas a través de procesos de subjetivación política.

La primera categoría que abordo es la experiencia subjetiva de la violencia y cómo el cuerpo habla. Para esto, me centré en enfoques críticos que dan cuenta de la experiencia desde lo simbólico y también en referencias feministas. La experiencia es existencia. Podríamos decir, en principio que eso es obvio. Sin embargo, no hace justicia al vasto concepto de lo que significa. La experiencia es constitutiva, un elemento que forma al sujeto; un conjunto de condiciones y posibilidades al mundo: lo que rebasa los límites del *cogito*<sup>2</sup>, probablemente diría Kant. La referencia a la noción de *experiencia* me remite a algo que siempre damos por sentado, a un proceso acumulativo. Pero no es algo

---

<sup>2</sup> Se refiere al planteamiento filosófico fundamental de René Descartes, que traduce comúnmente como “Pienso, luego existo” o “pienso, por consiguiente, soy”.

inmediatamente visible o enunciable, porque como lo menciona (Benjamín, La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre historia, 2004)“la máscara del adulto se llama experiencia. Ella es inexpresiva, impenetrable, siempre la misma. Ese adulto ya vivenció todo (...) Fue todo ilusión”. Podríamos estar de acuerdo en todo, salvo que a esa experiencia le falta algo para que se considere un constituyente del entramado subjetivo del ser humano: la vivencia del acontecimiento en el cuerpo particular. Es decir, el sentido de la experiencia. Sin embargo, la esencia de la experiencia ha sido expropiada por el discurso de la ciencia moderna y la ha convertido en una instancia próxima al experimento, en el sentido empírico. Así lo señala Agamben:

en cierto sentido, la expropiación de la experiencia estaba implícita en el proyecto fundamental de la ciencia moderna (...) pues contrariamente a lo que se ha repetido con frecuencia, la ciencia moderna nace de una desconfianza sin precedentes en relación con la experiencia tal como era tradicionalmente entendida (...). (Agamben, 2004, págs. 13-14)

De acuerdo con Williams (2000), experiencia significa simultáneamente conocimiento acumulado de eventos pasados, ya sea a través de la observación consciente o de la consideración y la reflexión y un tipo particular de conciencia distinguible en algún contexto de razón o conocimiento. Hasta la primera mitad del siglo XVIII, los términos experiencia y experimento estaban íntimamente relacionados. La experiencia era un tipo de conocimiento adquirido a través de pruebas experimentales y observación. Pero, en el siglo XX, emerge como un tipo de conciencia que consiste en un conocimiento completo y activo que incluye tanto emociones como pensamientos. Todos estos diferentes significados tienen en común que la experiencia es una especie de testimonio subjetivo, que es directo, verdadero y genuino. Existe otro significado ajeno a la idea de experiencia como testimonio

interno y subjetivo. En el siglo XX, el concepto también puede significar influencias no personales. Estas influencias son las de la realidad externa a la que reacciona el individuo. Esta forma de entender excluye sentimientos, pensamientos o conciencia individuales. El primer sentido de experiencia implica que ocurre dentro del individuo, mientras que el segundo sentido lo ubica fuera de él.

Así, el estudio de la experiencia ha sido cuestionado de diversas maneras durante al menos las últimas dos décadas por feministas académicas como Teresa de Lauretis (1984) y Joan W. Scott (1992). De varias maneras, ellas han argumentado que la experiencia se construye a través del discurso, en lugar de la simple tenencia mediada por versiones subjetivas de la realidad. La forma en que se concibe se decanta no sólo en el evento que se vive, sino también en el discurso en el que se concibe o conceptualiza el acontecimiento. No aparece como una categoría distinta de discurso<sup>3</sup>, sino que garantiza una correspondencia 'objetiva' entre lo que se vive y lo que se cree que se vive. Hablar significa siempre entrar en la historia humana: una discontinuidad en la realidad. Las experiencias pasan por los cuerpos, físico y mental, construyendo lo que viene a continuación: cómo darle sentido, cómo encarnarla dentro de un cuerpo que no solo experimenta su propia existencia como ideas, sino que también la experimenta como sentir.

Los sujetos se forman discursivamente y la experiencia es un evento lingüístico que no ocurre fuera de los significados establecidos, pero tampoco se limita a un orden fijo de significados. Dado que el discurso es por definición compartido, la experiencia es tanto colectiva como individual. Es la historia de un sujeto y, el lenguaje es el sitio donde se

---

<sup>3</sup> Por discurso se entienden formas totales de pensamiento, de comprensión de cómo opera el mundo y de cuál es el lugar que uno tiene en él. No son sólo formas de pensamiento, sino formas de organizar los modos de vida, las instituciones, las sociedades; formas de materializar y justificar las desigualdades, pero también de negarlas. el lenguaje no sólo hace posible la práctica social, es la práctica social (Scott, 1992)

representa la historia; por consiguiente, la explicación histórica no puede separarlos (Alphen, 2011) En lugar de suponer que los individuos existen y tienen experiencia, debemos imaginar la siguiente relación: el sujeto es el efecto del proceso discursivo de su experiencia. En este contexto, el discurso deja de ser un medio subordinado donde expresar la experiencia, más bien, el discurso juega un rol fundamental en el proceso que permite que surjan, y la forma y contenido que éstas adquieren.

A partir de aquí, exploraré con mayor detalle las interconexiones entre la experiencia y el discurso. Esta exploración tendrá relación con la categoría de memoria, ya que suele verse como un caso especial de experiencia y esto porque la memoria no es una recuperación voluntaria y controlada del propio pasado, sino de la experiencia del pasado. Hay experiencias que no se pueden expresar y esto no tiene que ver con los límites propios del lenguaje, sino con las características de las formas de representación que estuvieron disponibles para las personas sobrevivientes de algunas experiencias de violencia. Cuando los sobrevivientes no pueden o apenas pueden expresar, la dificultad se puede explicar de la siguiente manera: la naturaleza de la experiencia no está cubierta en absoluto por los términos y condiciones que el orden simbólico les ofrece; no es una limitación de la representación sino una división entre el vivir el acontecimiento y las formas disponibles de representaciones con las que dicho evento puede ser experimentado (Alphen, 2011)

Sin embargo, la experiencia y la expresión o presentación de esta no implican dos momentos separados. Si así fuera, la experiencia perdería su carácter discursivo ya que no tendría relación con lo simbólico. La experiencia se constituye, siendo dependiente de los conceptos que constituyen el mundo simbólico. Este orden es necesario para transformar la experiencia del acontecimiento en experiencia de este. No es lo mismo ser parte de un evento o historia como objeto de su evento, que experimentarlo como sujeto. De hecho, la

noción implica una cierta distancia del evento: la experiencia es la transferencia del acontecimiento al ámbito del sujeto.

Los eventos nunca se forman a sí mismos. No experimentamos los eventos como hechos aislados, y los eventos no pueden experimentarse de forma aislada. Los eventos siempre tienen una prehistoria, y esta, a su vez, es la prehistoria de los eventos futuros. No estoy sugiriendo que tal continuidad exista en la realidad, porque esta no es más que un (Así torturaban en el batallón Charry Solano, 2014)caos inconexo; sin embargo, es la forma en que experimentamos y representamos los eventos lo que los convierte en una secuencia continua o, al menos, interrelacionada. Experimentamos eventos desde la perspectiva de un marco narrativo de manera que puedan entenderse como significativos. La muerte de una persona, por ejemplo, es un acontecimiento terrible precisamente porque se cierra la esperanza de los acontecimientos futuros: la muerte recibe su significado negativo por la ausencia de un marco narrativo que permita anticipar eventos futuros. En la violencia es imposible anticipar. No sabes si estás al principio o al final de la cadena de eventos. Esta experiencia no encaja en el marco de las experiencias tradicionales, por lo que a veces es imposible recordarla o contarla y el tejido histórico tradicional requiere que una situación de conflicto sea seguida de una solución o de un desenlace. No obstante, un sobreviviente se rehúsa a este molde convencional para su vida. Las experiencias no llegan a su fin; por el contrario, solamente se vuelven mucho más intensas.

Se puede decir que las experiencias y los recuerdos se activan, forman y estructuran de acuerdo con los parámetros discursivos disponibles. Al describir la experiencia como resultado de la integración de lo que sucede dentro del discurso, esta ya no puede ser vista como algo estrictamente personal, con los términos y posiciones que proporciona el orden simbólico, sino que se vive subjetivamente, pero también se comparte culturalmente. El

discurso no es innato de la mente humana, es compartido porque pertenece al ámbito de la cultura. Volviendo a las palabras de Joan Scott (1992): dado que el discurso es, por definición, compartido, la experiencia es colectiva, así como individual. Todo esto implica que la memoria es siempre memoria cultural al mismo tiempo. Este trasfondo compartido hace que las experiencias y los recuerdos sean 'compartibles'; los discursos que hacen esto posible son también los que nos permiten comunicar unos y otros a diferentes sujetos. Nuestras experiencias y recuerdos, por lo tanto, no nos separan de los demás. En cambio, posibilitan la reciprocidad, es decir, la cultura. El uso del discurso depende de la agencia humana: después de todo, es esta la que activa el pasado encarnado en el discurso existente, pero al mismo tiempo, a través de su uso del discurso, trae la experiencia presente y su memoria.

La experiencia está marcada por los posicionamientos intersubjetivos del género, la raza y la clase social, lo que quiere decir que está encarnada en UN cuerpo en particular cuando se interseccionan o se sitúan dentro de sí los contextos en los que emerge la persona- sujeto, siendo esta femenina o masculina, LGTBQ+, entre otras categorías. No es lo mismo una experiencia de violencia en una mujer racializada en una clase social baja, a la de un hombre negro racializado en una clase social baja, por eso es imposible la estandarización de conductas o condiciones de afrontamiento de los hechos de violencia. Es *en* el cuerpo y su experiencia donde adquirimos el sentido de la vida y ese cuerpo real y simbólico es diferente en cada sujeto y su condición y comprensión por supuesto es disímil.

Ahora, sentir el cuerpo como experiencia es reconocerlo como un primer territorio, donde se ejercen autonomías, donde habitan memorias y hace parte de una historia. Está amparado a partir de ideas y normas que se ajustan a los intereses del poder y que se transforman con el paso del tiempo. Los cuerpos han experimentado violencia, enajenación

y explotación, pero son estos mismos los que resisten, resignifican y actúan. He ahí la necesidad de politizar el cuerpo, que deja de ser simbólico para convertirse en un poder materializado (Gómez, 2014). Es el cuerpo nuestra primera forma de existencia y nuestro primer acto de comunicación: sujeto/cuerpo como uno solo. No “tengo” un cuerpo, SOY un cuerpo que experimenta.

Es necesario, entonces, clarificar la importancia de la subjetividad en ese primer acto de comunicación, en esa primera enunciación de ser un cuerpo. Para eso, partimos de qué se entiende por subjetividad y cuál sería su diferencia con aparentes sinónimos como individuo. Si uno hace una busca rápida en los buscadores de información, lo primero que aparece es la siguiente descripción: persona considerada independiente de los demás. Otra: ser vivo, animal o vegetal, perteneciente a una especie o género, considerado independientemente de los demás. Otras tantas conceptualizaciones hablan de los individuos como masa, serie, modelados. Mientras que la subjetividad es irreductible al individuo, así la individuación de un cuerpo y la subjetividad son conceptos diferentes. Para Rolnik y Guattari (2011, p.40) es claro que, aunque existen procesos de individuación en la subjetividad, como los momentos en el que esta se reconoce en un cuerpo o en un sistema de pertenencia corporal colectivo, la subjetividad circula a través de diversas dimensiones, su naturaleza es social, aunque se vive y se encarna en individuos con experiencias particulares, como lo menciono párrafos anteriores. La subjetividad no es una categoría fija, universal sino una construcción social. La manera en cómo los seres humanos viven la subjetividad oscila en dos premisas: una donde el individuo se somete a la subjetividad tal como la recibe: alienación y opresión. Y otra, en una relación de creación y expresión, donde el individuo vive esa subjetividad a través de una reorganización que puede ayudarle

a pensar las representaciones que tiene sobre sí mismo, de los otros y de su lugar de enunciación en la sociedad (Rolnik y Guattari, 2011)

Para una comprensión más interesante de la categoría *experiencia*, es fundamental introducir otra premisa que complementa el proceso: la subjetividad política. Afirmar que una subjetividad es política significa que se produce bajo el efecto de relaciones, condiciones y modalidades externas al sujeto: un sujeto al que le sobrepasan todos estos efectos y es extraño frente a sí mismo, y es la extrañeza un tropo que sirve para designar una ruptura entre lo que soy que viene de los otros (territorios, historias, condiciones, otros sujetos): el lugar en el que nazco o el contexto sociohistórico que me ampara no decide quién soy o qué decido ser en una determinada construcción de subjetividad política; sin embargo acompaña el camino que me cimenta. Esto no quiere decir entonces que el sujeto no se encuentre atado a su pasado o a su ser primero, sino al contrario: actúa con eso y lo transforma. La subjetividad política es un proceso donde los sujetos no son causas u objetos: no es la producción de un sujeto definible.

Esta subjetividad es social: hay constante comunicación con los sistemas relacionales que la conforman. Esas relaciones, se constituyen a partir de tensiones y equilibrios bilaterales que sitúan a los sujetos en escenarios variados de interacción, lo que implica una comprensión desde sus propios sentidos subjetivos que han acompañado a sus interacciones. Por esta razón, no es posible pensar en la subjetividad como un universal por su condición mutante y discursiva (Cortes, 2019) En ella se encarnan voluntades, conciencias y capacidades para generar movimientos que reconfiguren discursos de poder, que son el cimiento de toma de decisiones en las prácticas cotidianas. La subjetividad política se distancia de la concepción ontológica de lo individual, pues la condición misma del sujeto es una que se constituye relacionamente y los sentidos e identidades no son

propias sino construidas desde lo social. Por esto, el sujeto político se reconoce como una entidad de sentido en grupo.

Se entiende también desde una construcción simbólica, que se forja desde la relación con los otros en marcos históricos, contextuales y experienciales que propician elaboraciones colectivas. Dicho de otra forma: elaboran la realidad construida socialmente (Ibañez, 1992). Es por esto que la subjetividad política tiene el potencial del reconocer su pluralidad y su conciencia histórica y narrativa, lo que quiere decir que lo que el sujeto considera como propio no es otra cosa que el resultado de procesos intersubjetivos (Díaz, 2012)). También la podemos considerar desde una dimensión cotidiana y conectada por redes que se propician a través de pequeños encuentros. Así, la subjetividad política se convierte en un escenario de micropoderes que definen caminos. Es desde allí donde se practican nuevas formas de interacción que dan paso a diversas posiciones subjetivas en donde lo ético y lo político se fortalece. Lo colectivo, produce de manera constante relaciones coyunturales que permiten las apariciones de sujetos que construyen sus autonomías a partir de identidades y experiencias comunes. Así, el concepto se logra entender como una generación de sentidos y configuraciones propias, particulares y subjetivas que desarrollan los sujetos mediante procesos de subjetivación sobre lo político que se despliegan en lo público, de lo que es común a todos (Díaz, 2012).

Para este punto, es importante destacar el papel que juega el lenguaje en la construcción de estas subjetividades emergentes en ese cuerpo. Es decir, si bien las experiencias están sujetas al sujeto, valga la redundancia, no podemos olvidar que la noción de sujeto se encuentra amparada en el contexto colectivo, por tanto, no hay sujeto que sea dueño de significación y del efecto de sus actos: la agencia del sujeto se encuentra limitada al lenguaje (Butler, Lenguaje, poder e identidad, 1997). Sin embargo, cada vez es más claro

que los sujetos se salen de esos límites que impone el discurso y para esto podemos retomar el concepto de Derrida, que también retoma (Butler, 2001) “iterabilidad”: el lenguaje se arma de citas, en el sentido en que repetimos lo que otro dice; pero ninguna repetición es igual a la otra, y es allí donde se introduce lo singular y distintivo de los sujetos. El lenguaje como discurso yace como forma conceptual, establecida culturalmente, donde se percibe, se aprende y se hace digerible el mundo. Los conceptos construyen el simbólico de la realidad e influyen en la forma de las experiencias y eso, sin duda, tiene mella en la construcción subjetiva.

Miriam Jimeno en *Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia* (Jimeno, 2007), reformula varias preguntas, que retoma de Veena Das. Ellas se cuestionan cómo la experiencia de violencia, que es lo que nos ocupa en este trabajo, afecta a los cuerpos de los sujetos y qué ocurre después de dicha acción violenta. ¿Estaríamos, entonces, enfrentados a algo imposible de narrar? Para Jimeno (2007), la comunicación de las experiencias de violencia se convierte en la clave para la creación de comunidades emocionales que alientan la recuperación de los sujetos y a la recomposición cultural y política. La autora, retoma los planteamientos de Das sobre cómo el registro de lo que ella llama imaginario, las novelas, los cuentos o demás estrategias narrativas, abren espacio de habla activa e incluso confrontan los silencios de los sujetos que experimentan sucesos de violencia: “el lenguaje de la ficción, como el que emplea Rabindranath Tagore, deja ver la tensión que se instala en el lenguaje y en el cuerpo mismo de quien ha sufrido la experiencia de violencia” (Jimeno, 2007, pág. 179). Los argumentos allí interpelados, ponen de presente el dolor que se atrapa en el cuerpo del que lo sufre, un dolor que se queda en el interior del sujeto solitario. Un dolor que habla de la distancia entre lo dicho y lo vivido.

Lo interesante de este texto reside en cómo se va desarrollando esta idea. La autora menciona el análisis de Das de los *Cuadernos azules y marrón* de Wittgenstein y una frase que bien puede relacionarse con la subjetividad política: “mi dolor puede residir en otro cuerpo.”. Esta frase: “tengo dolor”, se convierte en un móvil que posibilita juegos de lenguaje donde la expresión demanda una comprensión que o bien se niega o se brinda. El objeto de la frase, como bien lo menciona Das (1998), es involucrar a ese otro. Y, sin embargo, siguen existiendo los vestigios de lo inefable. Porque a pesar de que el lenguaje del dolor adquiera un cuerpo cuando toca el otro, es una representación lo que lo toca, no el dolor real. Con este panorama, se resalta la importancia sobre las prácticas interpretativas del dolor y el fundamento vital que tiene la reconstrucción de los sentidos subjetivos y políticos de la vida de las y los sujetos, a través de la construcción de la memoria.

Por otra parte, la autora menciona la importancia de la propuesta que ofrece Das sobre la necesidad de que los científicos sociales reconozcan el dolor de los otros y el craso error de ignorarlo. Si bien, esto es una práctica recurrente, una incongruencia dada la naturaleza misma de las ciencias sociales, cada vez las emociones empiezan a tomar su lugar en las relaciones sociales y en los accionares humanos; sobre todo por el contenido político que poseen dichas emociones, que hacen parte de la subjetividad que se construye con la acción social de los otros (Harkin, 2003).

(Aranguren, 2010) retomando la obra de (Pollack, 2006) menciona varios aspectos que se relacionan con las construcciones sociales comunicables y los límites o condiciones de enunciabilidad de testimonios o narrativas de hechos de violencia política, como los padecidos por los familiares de los participantes del proyecto. El autor traza los límites respecto a lo indecible, a los marcos sociales de la escucha, a ciertas formas de narrar o testimoniar y los límites que se impone en lo escrito y que atraviesa el cuerpo que sufre.

Esos cuerpos se enuncian desde sus rupturas, imposibilidades y límites, en sus memorias y sus olvidos y se transforman en un texto que se entrega a la inestabilidad de los recuerdos y a la volatilidad que, por sí misma, padece el dolor: un tránsito de una experiencia límite a la producción de un saber. Esto lo relaciono con lo que hacen los participantes de la investigación: desde teatro hasta la literatura, para crear escenarios de transición donde el dolor se comparte, se transforma, se hace público y se vuelve transmisible.

Para intentar aclarar un poco más lo que enuncié en el anterior párrafo, hablaré sobre las formas de enunciación de las experiencias. Cada una de estas formas trazan lugares diferentes de escucha y producción. Cada una hace parte de una disposición conjugada entre quien habla, las demandas de escucha y las posibilidades que tiene de ser escuchado. Esto afecta significativamente la posibilidad misma de decir, pues para relatar debe encontrarse del otro lado una voluntad de escucha. Es por eso que esos lugares de producción, como los llama Pollak (2006), se encuentran anclados a las condiciones sociales que cambian con el tiempo y con el lugar y marcan qué es lo comunicable y lo que no. Si hay fracturas narrativas, también las hay en lo identitario, como diría (Bruner, 1986) y el sentido del pasado cambia; está sujeto a reinterpretaciones, a una intencionalidad y con expectativas hacia un futuro. La memoria del pasado es transmisión, siempre se recuerda con otros: no es un soliloquio.

Así, la memoria se ha convertido en una categoría de análisis y objeto de estudios en las ciencias sociales en las últimas décadas. Autores como Traverso (2007), Sorgentini (2003) o Erice (2009) entre otros, han intentado comprender por qué la memoria se ha convertido en una prioridad no solo académica sino también ética y política en las sociedades contemporáneas. Dicha comprensión parte de las preocupaciones mismas que tuvieron Horkheimer, Adorno y Benjamín, en relación con las contradicciones funestas del

siglo XX: la renuente dedicación a promover principios universales como la democracia y los derechos humanos, mientras se gestaban totalitarismos que cometían delitos contra la dignidad humana y la creación estética se convertía en la lógica publicitaria al servicio del mercado.

Como lo mencionan Herrera y Olaya (2019), la pertinencia de los estudios se basa en dos tipos de argumentos: por un lado, se habla de los eventos políticos ocurridos en el siglo XX y cómo estos, a través de los movimientos sociales, organizaciones de base encabezadas por sobrevivientes y familiares, propiciaron la creación de políticas de la memoria que garantizaran el no olvido y la no repetición de crímenes de lesa humanidad. Pero, por otro lado, posturas más críticas hablan de los cambios culturales, sociales y políticos que pusieron en crisis los lugares cognoscitivos desde donde estas esferas se comprendieron durante décadas y pusieron en jaque los esquemas desde donde se escribe la historia oficial (Todorov, 2000); (Ricoeur, *La historia, la memoria y el olvido*, 2002). Así, se abren camino nuevas experiencias históricas como las que relata Jelin (2001) y se vislumbran nuevos horizontes de sentido de proyectos políticos y sociales, como lo menciona Koselleck (1993). Para efectos de la investigación, la segunda postura es la que mejor se ajusta por su versatilidad y dinamismo para entender los fenómenos sociales que nos ocupan. Esto porque la memoria no es simplemente algo que tenemos, sino algo que producimos como sujetos que compartimos una cultura. La memoria es, entonces, la interacción mutua constitutiva entre el pasado y el presente, compartida como cultura, pero actuada por cada uno de nosotros como sujetos.

En *La memoria, la historia y el olvido*, Paul Ricoeur, menciona tres ejes que se articulan al fenómeno investigativo: la memoria y la reminiscencia, la historia/epistemología y condición histórica. Lo pertinente es la dirección que le da Ricoeur

al situarse no solo de quién es la memoria sino de qué hay recuerdo y cómo se recuerda. Se encara a esa “tenencia” pasiva del pasado para dar paso un encuentro activo, incluso, como lo llama él, “llegar a una memoria feliz”. También habla del devenir del recuerdo desde la imagen y la sensibilidad adherida a los recuerdos e incluso hace una revisión filosófica del recuerdo. La memoria se constituye como un trabajo de carácter personal que explora una realidad interior y se inscribe en un tiempo y espacio específico. No obstante, aunque en principio se precise que la memoria es un acto individual, es importante resaltar que la manera en que ese proceso se fortalece y se complementa es a través de una memoria colectiva que desdibuja el carácter jerárquico que adquiere una sobre la otra. Halbwachs en *Los marcos sociales de la memoria* habla de cómo los marcos sociales resultan ser memorias individuales que se encuentran enmarcadas socialmente. Se recuerda con la ayuda del otro y de los códigos culturales establecidos: rituales, conmemoraciones, etc.:

“cualquier recuerdo, aunque sea muy personal, existe en relación con un conjunto de nociones que nos dominan más que otras, con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas de lenguaje incluso con razonamientos e ideas, es decir con la vida material y moral de las sociedades que hemos formado parte” (1968, pág. 38)

Así, la memoria se construye a partir de recuerdos que pueden ser evocados con la ayuda de los recuerdos del otro: son los recuerdos compartidos los que estructuran la subjetividad y de, alguna manera, legitiman experiencias pasadas. Necesariamente están inscritos en los relatos de carácter colectivo y se arraigan en las estructuras sociales a través de los rituales (Ricoeur, 1975). La elaboración narrativa de los relatos se constituye a través de un tercero, es otro el que se adopta como agente mediador del habla y es quien facilita al sujeto que experimenta el hecho de violencia llevar el recuerdo al lenguaje y plasmar a

través del testimonio los síntomas de la fractura que supuso ese hecho, convirtiendo la narración en conversación e inscribiéndola en un lugar de intercambio recíproco.

Con respecto a lo anterior, pensar la memoria como un acto meramente individual resulta insuficiente. Es lo construido socialmente, como lo refiere el autor, lo que da sentido a las rememoraciones subjetivas y construye procesos identitarios con matices, discontinuidades y transformaciones. La memoria colectiva se articula con la memoria individual, con su relación con el tiempo y el espacio y con el lenguaje como herramienta dentro de un proceso de reconstrucción memorial. Deja entonces de ubicarse en un espectro de retención y contención para pasar a la evocación en el tiempo presente, lo cual le da a la memoria una categoría de política por la reaparición de un pasado que empieza a generar conciencia reflexiva (Ricoeur, 1999). Es a partir de esa conciencia que se constituye también la subjetividad la cual se encuadra dentro de la capacidad particular de cada sujeto para recordar y olvidar y cómo se transfiere esa conciencia a través de las narrativas que se imbrican en lo colectivo que definen la identidad y la continuidad del pasado en el tiempo.

Por su parte Jelin (2001), habla de la memoria como dos categorías: una que se conceptualiza como una herramienta teórico-metodológica y otra como categoría social. Es un lugar donde cohabitan recuerdos, olvidos, narrativas, rupturas, silencios y gestos. ¿Quién es el sujeto que recuerda?, ¿es posible hablar de memorias colectivas? (entendiendo que la subjetividad es un espacio construido socialmente), ¿qué se recuerda y qué se olvida?, ¿cómo y cuándo se recuerda? La memoria resulta siendo una amalgama de sentidos que también se conectan desde lo intersubjetivo: piedra angular de las construcciones subjetivas y políticas. Las memorias se convierten en hábito y tradición, pero también existen grietas en la capacidad narrativa del recordar: huecos de la memoria. Interrogarse por el pasado es un proceso subjetivo por sí mismo y los hechos cobran una carga afectiva y sentido especial

en la forma de recordar o rememorar, que se encuentra atravesada por procesos subjetivos e intersubjetivos de quien recuerda.

Así, en línea a lo mencionado anteriormente, Jelin también expone la importancia política de la memoria como una manera de “empeñarse en el nunca más”. En la colección *Memorias de la represión* (2002), alude a las multiplicidades políticas, culturales, simbólicas y subjetivas que aparecen al pensar las presencias y los sentidos propios del pasado: rara vez hablar del pasado puede hacerse desde fuera; el investigador es interpelado por su propia creencia, emoción y práctica política. Los trabajos de la memoria se constituyen como insumos de reflexión y empoderamiento de la subjetividad política de los actores sociales (2002:3). El lenguaje de la experiencia personal permite el acercamiento al dolor subjetivo que encamina al reconocimiento y la visibilidad de quien sufre, no como objeto del sufrimiento sino como sujeto activo del mismo.

La comprensión del pasado a través de las narrativas de las vivencias le da un carácter declarativo a la memoria, pues se estructura con el relato y el sujeto toma el papel de testimonio vivo de la evocación. Es el testimonio entonces, como apuesta narrativa y performática, la clave reconstructiva de los hechos. De esa narrativa emergen rituales e iniciativas de reparación. Es esa dinámica la que podría configurar los sentidos y usos políticos colectivos de la memoria para el reconocimiento y reparación de las experiencias de violencia. Sin embargo, la comprensión de que la memoria es volátil vincula un concepto fundamental que se refiere en el título de este trabajo: la memoria crítica. Richard (2010) define la memoria como una “zona de asociaciones voluntarias e involuntarias” (Richard, 2010, pág. 16) entre el pasado y el presente en constante cambio. La memoria no es estática, como ya mencioné antes, es dinámica e inconclusa. El concepto de “crítica” busca explorar la tensión entre la memoria como una esencia de la identidad y las

influencias utilitarias del contexto. La crítica no solo busca cuestionar las representaciones históricas fijas y cohesionantes, sino también darse la posibilidad de explorar las grietas y líneas de fuga que desafían el tiempo lineal y las narrativas instituidas como una historia oficial. La crítica de la memoria opera en las fronteras de lo establecido y apuesta por la multiplicidad y heterogeneidad. Involucra el descentramiento y desmontaje de categorías sociales, históricas, políticas y culturales que forman parte de la narrativa oficial de la Historia. Su labor es explorar lugares y momentos en los que la memoria desafía a lo rígido. Aparece como un doble juego: uno de distancia con lo establecido y otro donde da nuevos marcos de sentido a través de la transgresión, el disentimiento y la alteridad. Este análisis lo propone la autora a la luz de la transición chilena después de la dictadura, que se caracterizó por el uso de dispositivos de consenso que buscaban homogeneizar las representaciones del pasado y establecer un régimen de uniformidad, bloqueando espacios donde podría manifestarse una memoria disruptiva. La captura de Pinochet en Londres tuvo un impacto importante en esa narrativa de consenso, porque cuestionó las codificaciones oficiales y las estrategias de encubrimiento de los crímenes de la dictadura y provocó conflictos que desestabilizaron esa imagen de coexistencia pacífica que solo hablaba de una historia. A partir de allí, aparecen giros testimoniales y confesionales que, sin embargo, la autora cuestiona por su retórica capitalista que enfatiza lo personal en detrimento de lo colectivo. Las dificultades éticas y políticas en las narrativas confesionales son complejas, al plantear cuestionamientos identitarios, de responsabilidad y búsqueda de perdón o redención, porque no tienen en cuenta los sentidos que le han dado las víctimas a su propia historia y también se convierten en narrativas sensacionalistas. Sin embargo, algunas representaciones del pasado dinamizadas a través de obras de arte, producciones audiovisuales y sitios de memoria exploran cómo se despliegan las temporalidades, cómo

confrontar las representaciones fijas y dinámicas y cómo se pueden abordar lo ético y lo político en contextos de transformación como los de mis interlocutores.

### **1.3. Métodos: tejidos y puntadas**

Para construir la conversación en torno a los propósitos planteados, la investigación desarrollada ha sido de carácter cualitativo fenomenológico. De acuerdo con Rodríguez, Gil & García (1996), este tipo de investigación permite la descripción de los significados existenciales inmersos en la vida cotidiana, intentando capturar la forma en que los sujetos en contextos naturales experimentan su vida y los significados que les otorgan. Se consideró pertinente hacer uso de este método de investigación respecto de la mirada de la concepción de sujeto de Heidegger, citado por De Souza (2010) “Ser ahí” y “ser en el mundo”: un sujeto que ha posibilitado la resignificación de la experiencia de violencia y las consecuencias de esta en la construcción de subjetividades políticas asociadas a la memoria, además de permitir la comprensión conciente del fenómeno desde la propia vida, la temporalidad y los procesos atinentes a la acción humana y el pensamiento.

Es conveniente indicar que la estrategia metodológica se convirtió en un diálogo directo entre las configuraciones técnicas, los marcos epistemológicos y teóricos y los objetivos que se pretenden con la investigación. Lo epistemológico explicado por lo intersubjetivo que parte de entender el sentido propio del ejercicio, desde donde el investigador se posiciona: un lugar crítico que observa al sujeto desde su contexto y convierte la experiencia en un móvil de reivindicación del actor. Desde esta perspectiva, los participantes son activos y propositivos, son ellos quienes dan la pauta y trazan el camino a recorrer. Su memoria cambia, muta y así su propia historia: se convierten en espacios dinámicos.

Dadas las condiciones, intenciones y alcances de la investigación cualitativa y en particular los intereses de este estudio, se establece un diálogo triangular entre la información recolectada, la experiencia directa del investigador con el fenómeno, con las fuentes teóricas pertinentes y con el flujo de información constante que brindan diferentes métodos y técnicas que se usaron a lo largo de la investigación. Esto abre la posibilidad a un análisis contextual y comprensivo del fenómeno y de una apuesta dialógica y conectada con todas las categorías de análisis y estudio (Cortes, 2019). Por esta razón, esta investigación se clasifica dentro de la tipología descriptiva e interpretativa, donde yo como investigadora ingreso al contexto y construyo con los participantes lo que supondría un mínimo de distancia entre la investigadora y el fenómeno, lo cual propicia rutas que no pretenden ser generalizadoras ni comprensiones universalistas, sino que, por el contrario, invitan a la apertura de lo subjetivo y contextual como piezas claves (Whittemore, 2001). Es un proceso que incluye elementos hermenéuticos donde se comprenden distintos sentidos a través de lo narrativo, que genera un colectivo que construye realidades sociales reivindicadoras (Ricoeur, 1975)

Se contempla un método que logre comprender prácticas y construcciones simbólicas con los participantes, alrededor de la memoria. Reconocer sus vivencias, percepciones, sus apuestas y dimensiones respecto al fenómeno.

Para iniciar el trabajo de exploración y de escucha de las personas que participan de la investigación, me amparé bajo la honestidad y el cuidado mutuo. Así, la escogencia de cada una de las técnicas metodológicas corresponde al sentido de este trabajo, donde el afecto y la confianza son el sostén. En términos generales el trabajo gira alrededor de lo etnográfico, lo que conllevó a realizar trabajo de campo constante en compañía de quienes participan de este proceso. Dicho trabajo se realizó entre el año 2021 y 2022 e implicó no

solo un trabajo cara a cara sino hacer presencia en espacios públicos de la ciudad de Bogotá que resultaban significativos para la investigación. Una de las participantes se encuentra en España, así que la reconstrucción se hizo a través de servicios de videoconferencia y WhatsApp. Estos espacios de encuentro fueron concertados y motivados por preguntas que yo misma planteé, basada en una guía que me permitiera orientar mejor nuestros devenires. El tiempo de cada entrevista fue variable, algunas duraron dos horas y otras menos y, en algunos casos, fue necesario hablar durante varios días y en diferentes locaciones concertadas. Las entrevistas oscilaron en varios ejes temáticos que tenían como punto en común el ciclo vital, resaltando su forma de enunciarse ante la experiencia de la violencia, las estrategias narrativas que usan para hacer memoria y su subjetividad emergente, resaltando aspectos familiares, políticos y sociales. Es importante mencionar que dos de las participantes son amigas cercanas, así que eso facilitó mucho más el establecimiento de relaciones de confianza. Por consiguiente, la observación participante se convirtió en una piedra angular del trabajo que permitía reconocer no solo el carácter subjetivo y político de la memoria sino también las intersubjetividades que aparecen en estos espacios.

Esa conexión que tuvimos con las personas que participan del proyecto nos llevó a jugar no solo con la transmisión de su historia de manera oral -a través de entrevistas etnográficas, como ya lo mencioné- sino también con la música y las imágenes, por eso la importancia de los archivos compartidos. Recogimos material relacionado a su ejercicio de memoria, en su mayoría fotografías, artículos periodísticos que relataban las experiencias de violencia y lo que se ha documentado con respecto a sus estrategias y ejercicio de memoria, videos, libros y textos conmemorativos, documentos jurídicos (donde se encuentran contenidos los casos), entre otros.

El trabajo de campo etnográfico, como ya bien se ha referenciado desde la antropología, implica un diálogo: un proceso conciente que se construye con los investigadores e investigados. Esto se apoya completamente en el acercamiento a la categoría experiencia que hice en párrafos anteriores pues significa poner el cuerpo en juego para comprender y transformar mutuamente la realidad local que se está investigando. La entrevista etnográfica, en primera medida, es un proceso de co-construcción de la información entre quien entrevista y quien es entrevistado: allí se articulan los contextos, las lógicas de los interlocutores y las categorías emergentes que producen marcos de sentido que orientan la construcción de un sujeto de estudio (Pizarro, 2014). En este ejercicio se ponen en marcha los cuerpos, los procesos comunicativos y pistas meta-comunicativas para dar sentido a lo dicho. Al ser una puesta pragmática y performática, obliga al entrevistador a aprender el repertorio meta-comunicativo de sus entrevistados, ya que los marcos y las normas comunicacionales son distintas en cada sujeto. Lo dicho no puede ser entendido como un soliloquio sin forma ni carácter, todo lo contrario: por lo dicho pasa la historia del locutor, su intención, la relación que mantiene con quien lo oye y su forma de enunciarse con el discurso (Merlinsky, 2006). Por eso la importancia de crear condiciones para que se den relaciones de confianza que se alimentan con el afecto y el sumo cuidado con el que una como investigadora aterriza las historias.

Es así que el texto etnográfico que se desprende de las entrevistas es un resultado de la transformación de la entrevistadora, en mi caso, y de los participantes del proyecto o interlocutores, pues el lenguaje tiene dentro de sí ese carácter imposible de reflejar la realidad como si fuese espejo (Bauman, 1986) Esta técnica, para el caso de esta investigación, se ajustaba muy bien a los propósitos pues mi intención no era solamente obtener información de manera sistemática, sino disponerme a aprender de las personas que

participaron. Eso implicó, como lo llamó Guber (2001) (2005) una especie de atención flotante donde la observación participante no era un periodo de tiempo determinado sino un actitud afectiva y reflexiva de poner el cuerpo. Por eso, para mí fue fundamental contrastar mi experiencia de escucha en las entrevistas a través de las notas de campo.

Como producto final de entender mi relación con los participantes desde el afecto, realicé una pieza de memoria construida a través del fotobordado. Esta técnica de fotografía experimental me pareció la más apropiada por ser una herramienta de transformación de la imagen convencional y donde podría explorar la posibilidad tangible de tejer mi historia con la de ellos. El bordado ha sido, desde la antigüedad, una herramienta de resistencia y lucha en los espacios de la memoria. Si bien en un principio significaba un instrumento que se relegaba al ámbito doméstico y las mujeres, recientemente se ha convertido en un objeto de testimonio y en una herramienta política de expresión. Esto también aparece como posibilidad para una de las participantes de esta investigación, pero lo exploraré con más detalle después.

#### **1.4. Estructura de la tesis**

En consecuencia, de acuerdo al propósito de investigación y su respectiva metodología, este trabajo se organiza en dos capítulos principales, que siguen la metáfora de la casa habitada para tejer en colectivo y comprender cómo la experiencia de los familiares de víctimas de violencia política en Colombia en los años 80 y 90 ha sido resignificada a través de procesos de construcción de subjetividades políticas asociadas a la memoria. Para lograr responder a mi objetivo general, el documento se compone de una parte introductoria, dos capítulos centrales y unas consideraciones finales que permiten pensar estas experiencias personales como formas comprender las micropolíticas de la

subjetividad y de hacer memoria en los intersticios representados en la impunidad, en la falta de verdad sobre lo ocurrido y en las peripecias de la búsqueda.

En la primera parte, me enfoco en cómo la guerra ingresa a lo más íntimo de la casa y produce fracturas en las subjetividades de quienes la habitan. Esto responde al primer objetivo de investigación, que se relaciona a la descripción de las experiencias de violencia. En la segunda parte, la casa vacía, se identifican las estrategias narrativas que configuran la construcción de subjetividades políticas asociadas a la memoria y se analizan las convergencias y divergencias presentes en dichos procesos.

Cada capítulo, siendo coherente con el sentido metodológico, continúa jugando con la metáfora de la casa; esto quiere decir que cada uno servirá como un elemento que permitirá llegar a la construcción del testimonio de mis interlocutores. También se encontrarán viñetas etnográficas relacionadas y material de archivo que alimenta el diálogo entre la teoría y la información recogida.

En el capítulo 1: *La guerra se nos metió a la casa*, desarrollo el contexto histórico, político y socioeconómico en el que se sitúan las experiencias y los objetivos que rodean a este trabajo. También relaciono allí los episodios históricos que marcan la experiencia de mis interlocutores y los aspectos relacionados a su ciclo vital que ser vieron afectados por las experiencias de violencia. Cada aspecto que compone este capítulo contiene un enlace directo a una lista de reproducción construida con ellos y fotografías.

En el capítulo 2: *La casa vacía*, caracterizo las trayectorias de vida de quienes han participado de la investigación tomando en consideración los contextos en los cuales han tenido lugar cada una de sus experiencias de violencia, que se han desarrollado en el capítulo anterior, y las estrategias que han usado como método de narración de su propia historia. Dicho capítulo se desarrolla a través de tres categorías temporales y analíticas que,

para efectos de este trabajo, se convierten en unos núcleos de sentido que permiten hablar de convergencias y divergencias: la primera, *la casa vacía*, donde hablaremos del momento de fractura y disrupción que significó la experiencia de violencia. La segunda, *habitar la ausencia*, donde se mencionan las estrategias narrativas utilizadas para hacer frente a la ausencia y reconstruir los cimientos de esa casa. La tercera, *volver a casa*, que retrata el momento de resignificación de su propia subjetividad y la transformación de la memoria donde empiezan a aparecer lo intersubjetivo. Cada una de estas categorías conversa con el abordaje teórico propuesto.

## 2. Capítulo 1: La guerra se nos metió a la casa

Por favor, escucha esto para acompañar la lectura:

<https://open.spotify.com/playlist/6PC42UyQh6Znr3DCpw9UcN?si=70859dcd0e08>

[4cb8](#)

Este hombre va a morir  
hoy es el último día de sus años.  
Amanece tras los cerros un sol frío:  
el amanecer nunca más alumbrará su carne.  
Como siempre, entre sus cuatro paredes  
desayuna, conversa, viste su traje;  
no piensa en el pasado, aún liviano y toda víspera,  
en los gestos, hechos y palabras de su vida  
que mañana serán distintos en el bronce y en los himnos,  
porque este hombre no sabe que hoy va a morir.

*En su corazón de piedra  
el asesino afila los cuchillos*

**Fragmento de 18 de agosto de 1989, María Mercedes Carranza**

Para poder comprender el fenómeno de la violencia política específicamente en Colombia, es menester detenerse en la década de los ochenta y los noventa y observarlo desde macropolíticas latinoamericanas, además porque es el espacio temporal en donde ocurren las experiencias originarias de violencia ocurridas a los familiares de quienes hacen parte de este trabajo. Dichos contextos internacionales no son ajenos a las estrategias de violencia que se llevaban a cabo aquí: las más crueles violaciones de derechos humanos, las tensiones crecientes de la Guerra fría (1947-1991) y una amenaza nuclear inminente podrían resumir someramente lo que significaron esas décadas: insurgencia y

contrainsurgencia. Mientras en Estados Unidos las políticas neoliberales de Reagan (1981-1989) se hacían bandera, la dictadura militar argentina (1976) seguía decantándose por la violencia en la Guerra de las Malvinas (1982) que, solo sería, el principio de su fin. El plebiscito nacional de Chile lo ganaba el No (1988) y al otro lado el muro de Berlín (1989) caía bajo los ojos expectantes de todo el mundo.

En Colombia, durante esos tiempos estuvo la dicotomía constante de la búsqueda de la paz y, al mismo tiempo, las acciones violentas de muy alta complejidad que propiciaban diferentes actores armados. La complicidad de sectores institucionales para cometer estos delitos, la expansión de los grupos armados, la fragmentación del territorio y, al mismo tiempo, las iniciativas colectivas fueron protagonistas. Es esta época, como ya lo menciona Marín (2017), la cúspide de las violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos. Fue la población civil la que se convirtió en el blanco de las acciones y se impusieron prácticas y repertorios de violencia que, a hoy día, siguen en aumento incluso después de la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) en 2016: la desaparición forzada, los asesinatos selectivos, la tortura, el desplazamiento y el reclutamiento, por mencionar algunos modos.

A su vez, se registraron eventos que cambiaron el curso de la historia del conflicto en el país y que siguen permeando en la experiencia más cotidiana de quienes resultaron afectados, como la toma y retoma del Palacio de Justicia<sup>4</sup>, la masacre ocurrida en Segovia,

---

<sup>4</sup> La toma y retoma del Palacio de Justicia ocurrió entre el 6 y 7 de noviembre de 1985, e implicó el asalto armado por un comando del M-19 y la arremetida violenta y desproporcionada de la Policía y Ejército Nacional. Dichos accionares culminaron 27 horas después, dejando 101 muertos y 11 personas desaparecidas. Retomaré este episodio en los capítulos siguientes.

Antioquia<sup>5</sup>, o la muerte de desertores de las guerrillas, como el ELN, que fueron asesinados por sus propios compañeros de lucha por considerarlos traidores, entre muchos otros. El narcotráfico terminó por anidar en lo más profundo de esta guerra, se persiguió al opositor a tal punto de liquidación, como ocurrió con miles de integrantes de la Unión Patriótica (UP)<sup>6</sup> y terminó por consolidar con mucha precisión esa relación siniestra entre lo legal y lo ilegal que se instaló en los vestigios que quedaban de la institucionalidad constitucional, sobre todo después de 1991.

Por eso, revisar esta época que tiene tan profundos enigmas y tantas marcas de la impunidad, es una tarea difícil. Sin embargo, desde estas violentas circunstancias han emergido iniciativas de denuncia que han obligado a girar una y otra vez al pasado de nuestro propio país. Es importante mencionar en primer lugar que, debido a la violencia exacerbada y la degradación de las instituciones, en 1978 el país se encontraba bajo el régimen del Estatuto de Seguridad, decretado por el entonces presidente Julio César Turbay Ayala con la excusa de contrarrestar cualquier actividad considerada subversiva, lo que terminó constriñendo cualquier intento de movilización social. Quisiera decir que fue el único estado de excepción en nuestra historia de régimen constitucional, pero la realidad es otra. Hay documentados casi 40 años donde Colombia vivió estados de sitio, desde 1949 y hasta la constitución del 1991 que puso límites al mismo y cambió su nombre por el de conmoción. En la antigua constitución de 1886 que, recordemos tuvo vigencia más de 100

---

<sup>5</sup> La masacre de Segovia ocurrió el 11 de noviembre de 1988, en un ataque del grupo paramilitar Muerte a Revolucionarios del Noreste liderado por Fidel Castaño. Resultaron 46 personas asesinadas y muchas más heridas. Dicho suceso ocurrió en el marco del genocidio y exterminio político de la Unión Patriótica. También retomaré este episodio en los capítulos siguientes.

<sup>6</sup> El Genocidio de la Unión Patriótica fue un exterminio sistemático del movimiento político Unión Patriótica. Hubo aniquilación de miembros y líderes del grupo en razón de sus convicciones ideológicas y persecución de sus simpatizantes. Para consultar: <https://www.corteidh.or.cr/tablas/r24797.pdf>

años, establecía en el artículo 121 el estado de sitio que otorgaba facultades extraordinarias al presidente para expedir decretos o normas:

En los casos de guerra exterior, o de conmoción interior, podrá el presidente, previa audiencia del Consejo de Estado y con la firma de todos los ministros, declarar turbado el orden público y en estado de sitio toda la República o parte de ella. Mediante tal declaración quedará el presidente investido de las facultades que le confieran las leyes, y, en su defecto, de las que le da el Derecho de gentes, para defender los derechos de la Nación o reprimir el alzamiento. Las medidas extraordinarias o decretos de carácter provisional legislativo que, dentro de dichos límites, dicte el presidente, serán obligatorios siempre que lleven la firma de todos los ministros. El Gobierno declarará restablecido el orden público luego que haya cesado la perturbación o el peligro exterior; y pasará al Congreso una exposición motivada de sus providencias. Serán responsables cualesquiera autoridades por los abusos que hubieren cometido en el ejercicio de facultades extraordinarias. (p. 12)

Como vemos, el artículo no limitaba textualmente el periodo de terminación del estado y esto permitió que sucesivos gobiernos decretaran la medida de manera indefinida y la sociedad colombiana se acostumbró a vivir en ese permanente estado: “Se me había olvidado” dijo don Sabas, “siempre se me olvida que estamos en estado de sitio.” (García Márquez, 1961, pág. 7) Colombia, entonces, vivió entre 1949 y 1991, bajo estados de excepción que transcurrieron y se sostuvieron como directriz política de muchos gobiernos, empezando en 1949 cuando Mariano Ospina Pérez iba a ser sometido a un juicio político y respondió enviando soldados y cerrando el capitolio: “A partir de entonces, gobernó mediante decretos de “emergencia” o de “estado de sitio”, una práctica que se mantuvo hasta 1958; desde entonces hasta 1982 coexistieron un congreso debilitado y los decretos

legislativos del Ejecutivo”, relata Jorge Orlando Melo en Historia Mínima de Colombia (2017).

Esto fue señalado en el informe de la CIDH en 1981, donde plantea que, si bien el estado de sitio tenía un carácter esporádico antes de 1948, después de esta fecha su vigencia se tornó periódica, casi que permanente con la consideración de pretender combatir la violencia política en las zonas rurales y en los últimos años en los sectores urbanos del país. En este mismo documento, la CIDH señalaba que el mantenimiento de un estado de sitio daba lugar a un régimen que afectaba el funcionamiento institucional del Estado de Derecho. El crecimiento de los movimientos guerrilleros y los desafíos a las estructuras tradicionales que sus actos producían, dieron vía libre al gobierno en turno para hacer uso de la legislación pertinente para reprimir y, por supuesto, justificar todo acto de violencia con tal de borrar cualquier signo de contradicción.

Con la consolidación de la constitución de 1991, se definieron unas condiciones que diferenciaban al antiguo estado de sitio del estado de conmoción interior. Por ejemplo, el estado de sitio estaba regido bajo la premisa del orden, de retornar al orden, mientras que la de conmoción interior planta su línea base en la libertad. Con la constitución el estado de conmoción interior se rige bajo límites temporales estrictos y controles rigurosos, mientras que el antiguo estado de sitio se podía establecer por tiempo indefinido (Esguerra, 2021) Otra condición fundamental y que marca una diferencia sustancial en la historia del país es el mecanismo que permitía trasladar competencias judiciales a los órganos militares para que juzguen civiles. Inicialmente, el estado de sitio fue utilizado para reprimir manifestaciones de descontento y como mecanismo de resolución de los problemas que derivaron de la época de la Violencia; sin embargo, durante los años 70 y 80, las Fuerzas Armadas y los organismos de seguridad del Estado “obtuvieron prerrogativas propias de un

régimen militar, lo cual los eximió de los costos políticos del ejercicio directo del poder (...) A finales de 1970 el 30% de los delitos del Código Penal eran competencia de cortes marciales”, afirma García Villegas (2008).

Este mapeo contextual implica situar también una característica importante de la cultura política y social de Colombia a partir del siglo XIX: la persecución y estigmatización de “enemigos” a los opositores políticos o sectores sociales populares, que bien se relaciona con los abusos de la figura de los estados de sitio. De la misma forma que lo menciona el Informe Final de la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad (2022), el discurso del enemigo/oponente se ha perpetuado bajo tres consignas que tienen estrecha interacción temporal y espacial con Estados Unidos. Sin embargo, para efectos de este trabajo me detendré en la primera consigna mencionada: el *enemigo insurgente*, de las décadas de 1960 y 1970, como piedras angulares la doctrina de seguridad nacional que constituyó el marco de las dictaduras del Cono Sur.

Para los años 50, la cultura localizó en la doctrina de la seguridad nacional una forma de etiquetar a los movimientos sociales políticos y alternativos como “enemigo interno” y esto evolucionó en el tiempo con disimiles discursos y configuraciones con base contrainsurgente. Por esa razón, en un primer instante, el enemigo era comunista sin distinción si la toma del poder era mediante las armas o no. Aquel discurso se ha transformado en otras categorías por supuesto y se ha recrudecido con el sector popular, lo que alentó la existencia de modalidades de violencia bastante graves que ya he mencionado antes.

Se adopta dicha ideología, en principio, por la predominancia que de manera continua ha tenido un país imperialista como Estados Unidos además porque resultaba estratégica para los intereses de los sectores políticos y económicos de la nación. Previo a la

fundación del Partido Comunista, sectores conservadores ya lo rechazaban y dichos estigmas hicieron de lo suyo a lo largo de la época de La Violencia<sup>7</sup> por medio de la persecución de guerrillas liberales y comunistas a manos de Los Pájaros y la Policía Chulavita y terminó con la prohibición del Partido a lo largo del Régimen de Rojas Pinilla en 1953. Ya en 1958, aunque el Frente Nacional simulaba haberse olvidado de las jerarquías entre liberales y conservadores, excluyeron a quienes no estaban representados en aquellos partidos. Ideas gaitanistas, socialistas o comunistas fueron estigmatizadas y calificadas como enemigas y que debían ser perseguidas por fuerzas de seguridad, esto incluso previamente a la conformación de las guerrillas. El *Manual de operaciones contra las fuerzas irregulares*, emitido en 1962, define a las guerrillas como elementos secretos que realizaban ocupaciones civiles y tenían su base de apoyo en la población local, particularmente en el núcleo familiar y vecinos de combatientes irregulares. Según esto, como lo menciona dicho archivo: “la estrecha relación entre la población civil y la fuerza irregular puede exigir la ejecución de drásticas medidas de control”.

Esa aproximación se mantuvo en los años siguientes, prueba de esto los manuales de 1979 donde clasificaban a la población civil de la siguiente forma: la que apoya al Ejército en listas blancas, la que apoya a grupos subversivos en listas negras y aquellos de postura indefinida en listas grises. Este manual ya señalaba que paros y huelgas, así como la “motivación y organización de grupos humanos por la lucha revolucionaria,

---

<sup>7</sup> La Violencia, así con mayúscula sostenida, se denominó a un periodo de la historia de Colombia que, para algunos expertos, data desde 1946 y 1958 y se prolongó hasta hoy, donde muchas violencias operaron: políticas, sociales, económicas y hasta religiosas que terminaron de perpetuarse por los impulsos de los gobiernos de la época. En el marco de esta época ocurrieron hechos como “La marcha del silencio”, en cabeza de Jorge Eliecer Gaitán y El Bogotazo, producto del asesinato del dirigente liberal. Para más información: <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/capitulo11.html>

estudiantado, obrerismo, empleados servicios públicos, etc.”, eran señal de contienda revolucionaria.

Para finales de los años cincuenta y las cuatro décadas posteriores (1960, 1970, 1980, 1990), los estados de sitio se basaban en que las protestas y manifestaciones significaban alteración de orden público y requerían medidas de excepción. Dichas medidas autoritarias se dirigían principalmente a restringir los derechos a la libertad personal, la libre circulación, libertad de prensa, manifestación y reunión y significaron la consolidación de modalidades de violencia como la persecución, detenciones ilegales, la tortura y la violencia sexual como procedimiento de indagación, desaparición forzada, ejecuciones extrajudiciales, entre otros. Es de mencionar que los organismos de seguridad no perseguían un delito *per se*, sino que dichas manifestaciones de represión que se ejecutaban formaban parte de mecanismos de control de la sociedad y los civiles o guerrilleros eran juzgados por cortes marciales que no garantizaban ni libertad ni un debido proceso.

La idea del enemigo interno, que bien se constituyó con el Estatuto de Seguridad Nacional, representó tensiones alrededor de la agenda política, económica y social del país e implicó la expansión de la sospecha contra las alternativas sociales y políticas reformistas; el imaginario colectivo que asociaba la oposición como enemiga, produjo temor al señalamiento a buena parte de dichos sectores. Es así como las Fuerzas Armadas y organismos de seguridad se fortalecen pero no solo son perseguidos guerrilleros, terroristas o narcotraficantes, sino también campesinos, sindicalistas, indígenas, afrodescendientes, así como miembros de la oposición política y estudiantes; e inclusive, quienes denuncian o realizan control de los abusos, como periodistas, defensores de derechos humanos, jueces y magistrados quienes en su ejercicio se convirtieron en impedimento para la táctica

guerrerista o para la impunidad de los crímenes y la población civil, también. Según cifras presentadas por la Fundación Comité de Solidaridad con los Presos Políticos (CSPP) a la Comisión de la Verdad, entre 1973 y 1984, se registraron alrededor de 73.768 violaciones a los derechos humanos. De esas cifras, el principal hecho se relacionaba a las detenciones arbitrarias con 40.554 casos, de los cuales 4.635 se dieron entre 1979 y 1982. De los hechos de tortura reportados entre 1973-1984, por lo menos 446 fueron torturadas entre 1979 y 1982.

Este es un marco no menor porque para esta misma época se gestó el movimiento de defensa de los derechos humanos: abogados de quienes eran procesados en los consejos verbales adelantaron denuncias públicas de lo que estaba ocurriendo. Desde ahí, defensoras y defensores han sido víctimas de seguimientos, amenazas, detenciones arbitrarias, desplazamiento, etc. (CEV, 2022). Tal es el caso de Eduardo Umaña Mendoza<sup>8</sup>, quien fuera el abogado defensor de las familias de los once desaparecidos en la Toma y Retoma del Palacio de Justicia, entre otras causas. También han sido víctimas asociaciones y movimientos como ASFADDES<sup>9</sup>, MOVICE<sup>10</sup> e H.I.J.O.S<sup>11</sup>, donde han pertenecido también las personas que protagonizan este trabajo.

La expedición de ese estatuto, que cobra importancia en la reconstrucción en las tres historias dispuestas aquí, permitió institucionalizar nuevos delitos y un aumento de penas

---

<sup>8</sup> Abogado, defensor de los derechos humanos. Uno de sus logros más significativos fue la defensa de las víctimas del genocidio de la Unión Patriótica, por parte de paramilitares. También asumió la defensa en la década de los 80 de 300 guerrilleros del M-19, durante los consejos de guerra donde denunció abusos y torturas. También fue el abogado defensor de las familias de las víctimas de desaparición forzada durante la Retoma del Palacio de Justicia por parte del Ejército Nacional, siendo el primero en afirmar y probar los vejámenes cometidos en este episodio. También tomó las investigaciones de las desapariciones de Luis Fernando Lalinde y Nydia Erika Bautista. Fue asesinado por la banda La Terraza, organización sicarial al servicio de las AUC. (El Tiempo, 1998)

<sup>9</sup> Asociación de familiares de Detenidos Desaparecidos.

<sup>10</sup> Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado.

<sup>11</sup> Hijas e Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.

por 30 años. Las alcaldías y gobernaciones tenían toda la potestad para prohibir reuniones públicas y a los comandantes, inspectores y alcaldes se les entregaron facultades jurídicas para algunos delitos que acogía la norma. Permitió que la justicia penal militar además de poseer la capacidad de juzgar a civiles, pudiera establecer control de frecuencias radiales y medios de comunicación. Detrás de todo este aparato orquestado bajo la premisa de protección de la vida y la seguridad del país, se restringieron libertades y derechos fundamentales (Marín, 2017).

Lo cierto es que estas prácticas y repertorios de violencia se padecían con absoluto rigor en las dictaduras militares y Colombia replicaba al pie de la letra cada *modus operandi* y su sentido ideológico. La Doctrina de Seguridad Nacional, como norte y un mundo enunciado bajo ese lente bifocal de la guerra fría fortaleció los discursos del enemigo interno que, dicho en otras palabras, aplicaba a cualquier persona que se consintiera como inconforme o señalada como parte del engranaje del comunismo internacional (Díaz Callejas, 2004)

Así, la década de los 80 y los años siguientes se avecinan con vestigios de una época de absoluta represión y con un espacio *democrático-restrictivo*<sup>12</sup>, que se negaba a los regímenes dictatoriales, pero promovía la censura, los estados de excepción y demás acciones que mantenían condiciones estructurales de dependencia<sup>13</sup>. En los intersticios de la cotidianidad, el fantasma del comunismo no desapareció y, por el contrario, avivó viejas pasiones que resultaron mucho más funestas y con un alto impacto ya no solo en escenarios rurales sino en buena parte de medios urbanos; no menos importante por mencionar es que

---

<sup>12</sup> Hoyos Vázquez, Guillermo. “Apuntes a la pregunta ¿qué son los derechos humanos? Democracia Restringida”, en Revista Controversia, núms. 70-71, Bogotá, CINEP, 1978, p. 48.

<sup>13</sup> Ibid, 48.

no solo el Estado como entidad gubernamental tuvo cabida en estas prácticas de violencia política sino también grupos guerrilleros, paramilitares y fuerzas irregulares financiadas por el narcotráfico en distintas regiones del país, pero cada uno tuvo un lugar de operancia diferente.

Para 1984, ya existían proyectos claros para exterminar disidentes o contradictores de los modelos económicos y políticos que imperaban y en muchas zonas del país ya se realizaban los primeros “ajusticiamientos” que pasaron desapercibidos. Los discursos a la sociedad civil exponían la necesidad urgente de eliminar a los subversivos, a los que presuntamente simpatizaban de la guerrilla e, incluso, a dirigentes de organizaciones sociales. Dichos episodios de violencia eran cometidos no solo por cuerpos armados como el famoso “Charry Solano<sup>14</sup>”, sino también por agentes de seguridad vestidos de civil e incluso sicarios; a veces, finalmente actuaban los grupos paramilitares. Es decir: en estos modos de violencia operaban relaciones entre sociedad civil, institucionalidad, actores armados y narcotráfico, amparados en el modelo económico, por supuesto.

A partir de aquí, me permito detenerme en tres episodios que ocurrieron durante estas épocas y marcaron, de manera significativa, la vida de las personas que acompañan este trabajo. Esta reconstrucción da un marco macro sin ser exhaustivo, pues es guiado por

---

<sup>14</sup> El Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia Brigadier [Charry Solano](#), fue creado en 1964 como estrategia para eliminar y/o perseguir a quienes pertenecían a movimientos insurgentes como el M-19, ELN, FARC o EPL, o no compartían la ideología política que se desarrollaba en el país. Dichas personas eran consideradas e identificadas bajo la consigna del enemigo interno. Para 1986, pasó a llamarse Brigada XX y en 1998 se disolvió. Esta unidad militar, según informes que entregaron organizaciones sociales a la JEP, se cometieron graves violaciones de derechos humanos como desapariciones forzadas, torturas y ejecuciones extrajudiciales. Estas unidades de inteligencia fueron bastante importantes, sobre todo por el apoyo económico y de instrucción de Estados Unidos. [Olga López Roldán](#), una médica que durante sus prácticas en el Hospital San Juan de Dios atendió a un combatiente del M-19 y terminó señalada como guerrillera, fue torturada junto con su hija de 3 años por militares pertenecientes al batallón. También Nydia Erika Bautista, quien hacía parte del M-19, fue torturada, abusada sexualmente y desaparecida en cabeza del general(r) Álvaro Velandia Hurtado. Esta unidad también ha estado detrás de las desapariciones perpetradas en la Toma y Retoma del Palacio de Justicia. Para más información ver [Cuevas de Sacramonte](#).

mi propio criterio de selección en base a elementos significativos de la propia experiencia discursiva de las personas que participan de esta investigación.

### *El palacio en llamas: la desaparición de Jimmy*

Por favor, escucha esto para acompañar la lectura. Al final encontrarás notas de campo que contextualiza lo que implicó la comprensión de esta experiencia:

<https://open.spotify.com/playlist/6rUJhJHDvjXa0fxD58IhvA?si=a10852f0d329431>

0

El 6 de noviembre de 1985, 35 guerrilleros del movimiento M-19 ingresaron al Palacio de Justicia con el fin de hacerle un juicio político a Belisario Betancur por el incumplimiento de los acuerdos de paz. El Ejército respondió la ofensiva con un asalto militar con tanques vehículos blindados, explosivos y más de mil soldados en filas. Cuando los guerrilleros entraron había muchas personas atrapadas allí, el cálculo dice que más de 300. Y entre esas estaba Héctor Jaime Beltrán Fuentes, quien era mesero en la cafetería del Palacio. Ese combate tan macabro duró más de 27 horas ininterrumpidas, hasta entrada la tarde del 7 de noviembre de 1985 y murieron alrededor de 100 personas, que incluían magistrados de la Corte Suprema y algunos policías víctimas del fuego cruzado. Un número de personas desconocidas desapareció y el interior del Palacio quedó en ruinas. Como pasa siempre en este país, una vez terminó todo se construyó una versión oficial y se divulgó a los medios: esa versión incluía que no había desaparecidos (Carrigan, 1993, 2009)

Reescribir las historias alrededor del Palacio siempre es un trabajo difícil, sobre todo el tejer múltiples voces en torno a cómo ocurrieron los hechos, establecidos en un espacio y en un tiempo que ya no existe como lo conocemos. Un Palacio en el corazón de Bogotá, con cadáveres, con desaparecidos, con restos incinerados, con aires lúgubres... Todo esto ocurrió frente a los ojos de todo un país y, sin embargo, algunos eventos siguen

siendo un misterio para las familias de las personas desaparecidas pues, deliberadamente, mientras ocurría el holocausto del Palacio por televisión nacional pasaban un partido de fútbol.

Según el conteo oficial del Informe de la Comisión de la Verdad sobre los hechos realizado en 2010<sup>15</sup>, hubo un total de 11 desaparecidos casi todos trabajadores de la cafetería: Lucy Amparo Oviedo, Ana Rosa Castiblanco, David Suspes Celis, Cristina del Pilar Guarín Cortés, Bernardo Beltrán Hernández, Carlos Augusto, Rodríguez Vera, Gloria Anzola de Lanao, Gloria Stella Lizarazo, Norma Constanza Esguerra, Héctor Jaime Beltrán Fuentes, el auxiliar Emiro Sandoval y la guerrillera Irma Franco. A hoy, aún se encuentran desaparecidos cuatro empleados e Irma y, desde 2017, los magistrados Julio Andrade -este se relaciona directamente con Héctor Jaime y en los siguientes párrafos desarrollaré su conexión- y Jorge Echeverry. Por estos acontecimientos, desde 2005, han detenido a varios coroneles retirados, entre estos Luis Alfonso Plazas Vega quien fue condenado en 2010 y declarado inocente en 2015 y Jesús Armando Arias Cabrales, condenado a 35 años de prisión en 2019, quien hace poco se sometió su caso a la JEP y resultó rechazado. Este suceso ha sido declarado como una masacre por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH)

De los desaparecidos se han dicho muchas cosas, entre esas el coronel (r) Plazas Vega quien comandaba la Escuela de Caballería en la retoma del Palacio de Justicia, vocifera que los desaparecidos no existen porque no hay alguna prueba de tortura, ejecuciones extrajudiciales o maltrato en las pocas imágenes que algunos medios tienen sobre las personas saliendo de la edificación. Se han sostenido discursos alrededor de que

---

<sup>15</sup> Para más información: <https://repository.urosario.edu.co/items/5e987f22-1c8a-4fa8-8993-2c6f865d42f1>

los desaparecidos en realidad eran guerrilleros, que esas personas nunca existieron e, incluso, a algunas les han cambiado el nombre. Para el año 2021, la Comisión de la Verdad junto con *Forensic Architecture*, realizó un ejercicio estremecedor donde en vez de enfocarse en el combate entre guerrilla y fuerzas armadas, se preguntan por lo que sucede con el grupo de rehenes (trabajadores de la cafetería, visitantes, guerrilleros y jueces) que fueron rotulados como “especiales” o “sospechosos” y que terminaron detenidos y llevados a diferentes unidades militares donde terminaron torturados, ejecutados y desaparecidos. Esta investigación y trabajo arquitectónico es vital porque usan material audiovisual de prensa y testimonios para trazar el recorrido de cada uno de los desaparecidos y toda la logística militar durante la retoma del palacio (CEV, 2021) Sin embargo, desde años atrás, las afirmaciones de que los desaparecidos salieron con vida no era un secreto. Varios policías de la época y testigos han declarado que los empleados de la cafetería fueron llevados a la Casa del Florero y luego al Cantón Norte para ser interrogados, torturados y luego enterrado en fosas comunes. Al difícil hallazgo de los desaparecidos hay que sumarle que justo días después, se presentó la avalancha de Armero y varios cuerpos fueron enterrados en el Cementerio del sur de Bogotá, donde los mismos señalan que estaban los desaparecidos. Para el año 2017, cuando allanaron la casa del coronel Plazas Vega, varios medios de comunicación difundieron un video donde se observa cuando son evacuados del Palacio Carlos Augusto Rodríguez y Cristina del Pilar Guarín.

El caso de Héctor Jaime no tiene un destino diferente al que ya he descrito. Héctor Jaime, oriundo de Sahagún, Córdoba, vivía con Pilar y sus cuatro hijas en Soacha, Cundinamarca.



*Fuente: Archivo de Pilar Navarrete, s.f.*

Para el día de la toma del palacio, Jimmy -como le dicen cariñosamente sus familiares- era mesero de la cafetería. Ese día, el 6 de noviembre, se alistó para su trabajo como todos los días y, mientras Pilar empezaba su día, le mostró a él la foto de sus hijas con sus disfraces de Halloween. Algo que cuenta Pilar que es muy impactante es que Jimmy le pidió poder llevarse la foto para mostrársela a una magistrada que prometió ayudarlo a conseguir una casa propia para él y su familia. Ella le responde que no, porque siempre las pierde y fue tal la insistencia de Jimmi que Pilar accede no sin antes hacerle jurar: “Yo, Héctor Jaime Beltrán Fuentes, juro que si pierdo la foto no regreso” y, como una burla del destino él no volvió. Sus hijas eran su norte, le gustaba bailar, dibujar y leer caricaturas.



*Fuente: Archivo de Pilar Navarrete, 1985*

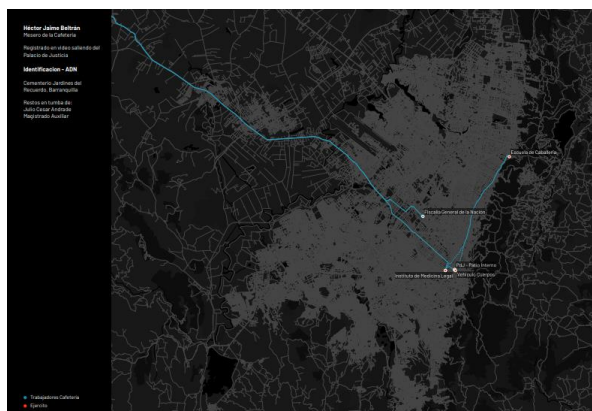
El día de la toma, Pilar se enteró de lo que había pasado por una amiga, que llegó a su apartamento a contarle. De hecho, todos los viernes iba al palacio a comer pizza con él y sus hijas, pero Jimmy le había advertido que ese día no fuera porque un mes antes habían encontrado a unas personas con unos planos relacionados a la toma y aparentemente habían reforzado la vigilancia. La familia de Héctor Jaime pensaba que no le iba a pasar nada por su condición de trabajador de la cafetería, además que ese espacio quedó intacto durante la toma y la retoma. Aquí es importante señalar que, durante el 7 de noviembre, a medida que iban saliendo los rehenes eran trasladados a la Casa del Florero. A los heridos, los trasladaron a diferentes hospitales y los cuerpos incinerados, fueron llevados a Medicina Legal. Cuenta ella que el hermano de Jimmy, trabajador del DAS para ese momento, entra al palacio a buscarlo y solamente encuentra la cédula tirada en el piso. Cuando los rehenes llegaban a la casa del florero ingresaban a una sección de inteligencia militar, los magistrados ingresaban rápidamente a la lista de personas recuperadas, pero en el caso de visitantes ocasionales o empleados (como Jimmy), la labor de identificarlos se convirtió en horribles interrogatorios. A estas personas las clasificaron como rehenes especiales y se asumía que todo rehén especial era guerrillero y les exigían confesar sus nexos con el M-19 por medio de torturas físicas y psicológicas, incluso los amenazaban de muerte. Los

empleados de la cafetería no aparecieron y ahí empezaron las sospechas, porque algunos familiares los reconocieron en imágenes de los medios saliendo con vida. El ejército declaró que no habían detenido a nadie, que los sobrevivientes estaban con sus familias y el resto había muerto. En los videos que existen, como los recogidos por la CEV, se constata que efectivamente Jimmi salió con vida:



*Fuente: Las cajas negras de la desaparición forzada, CEV-Forensic Architecture-Extended Team, 2021.*

Esta es su ruta reconstruida:



*Fuente: Las cajas negras de la desaparición forzada, CEV-Forensic Architecture-Extended Team, 2021.*

Todos los días Pilar y el papá de Jimmy los buscaron. En ese proceso muchas veces los llamaron a su casa a amenazarlos y esto lo denunció Héctor padre ante medios de comunicación. También mencionó que las investigaciones personales que había realizado y los procesos judiciales en torno al caso, le permitía decir con firmeza que Jimmi no estaba vivo y que fue torturado y asesinado por la fuerza pública.

Duró 32 años desaparecido y el 18 de septiembre de 2017, el día de su cumpleaños, Pilar y su familia recibieron los restos de Jimmy que fueron encontrados en la tumba del Magistrado auxiliar Julio César Andrade. Desapareció a los 28 años y fue encontrado cuando cumplía 60 años.



Fuente: [http://www.flickr.com/photos/lanaranjaroja/with/4277199201/#photo\\_4277199201](http://www.flickr.com/photos/lanaranjaroja/with/4277199201/#photo_4277199201)

*Nota de campo n° 1<sup>16</sup>: Los sueños siempre han sido un espacio vital e importante para mí. De pequeña sufrí de terrores nocturnos y desde que tengo memoria, dormir ha sido de los placeres más difíciles. Cuando empecé el proceso de esta investigación, las historias de Pilar, Daniel y Mónica se me han aparecido cuando por fin logro conciliar el sueño. En ellos siempre resulto ser una suerte de observadora participante; en otros, me vuelvo hija, madre, hermana. O aparezco convertida en parte del paisaje: mar, árbol, andén, cartel, libro, poema. Este no sería el trabajo que es sino fuera por los sueños y las añoranzas que allí se forman. He visto a Jimmy, a Ricardo y a Julio Daniel hablar, moverse, caminar y abrazar. En los sueños he leído su angustia que, en su voz, se va transformando en esperanza. Lo curioso: no tengo forma alguna de saber cuál era su voz, sus énfasis en las ciertas letras o incluso los manierismos propios del discurso. He sabido de sus gustos y alegrías de su propia voz, lo que cantan ahora y es a través de la voz de sus familias. Parecería una locura, pero en los sueños no hay espacios para esos términos.*

---

<sup>16</sup> 20 de febrero 2022

*Varias veces he soñado con Pilar y con Jimmy. En el último sueño, la inmensidad del Río Sinú nos arropaba, mientras nos tomábamos de la mano y caminábamos descalzos cerca a la orilla. Yo iba en la mitad y era muy pequeña, comparada con ellos dos. Jimmy sonreía y me decía que le gustaba mojarse los pies... creo que yo no tenía voz porque gesticulaba, pero no emitía sonidos... Pilar, tenía el cabello muy largo y se mojaba con el agua... era un pelo grisáceo y brillante. Sentía que me apretaban las manos y se desvanecían con el viento que llegaba y volvía a agarrarlos duro para que no me dejaran sola. Al fin, lo que recuerdo y que fue lo que me despertó, Jimmy me soltaba y se lanzaba al agua y nadaba. Solo se veía cómo una cabeza con pelo negro azabache se alejaba cada vez más. Me desperté con las manos heladas y sudando frío. Pasé al baño, me sequé y empecé a anotar esta suerte de descripción de lo que quedó del sueño.*

### ***Lo que la violencia se llevó: los asesinatos de Julio Daniel y Jorge Torres***

Por favor, escucha esto para acompañar la lectura. Al final encontrarás notas de campo que contextualiza lo que implicó la comprensión de esta experiencia:

<https://open.spotify.com/playlist/2Qid1pbHOIGNIuAyopsyPg?si=09d1f59103f243d>

### **8**

El 24 de abril de 1991, Julio Daniel estaba en Segovia, Antioquia, con el propósito de investigar sobre la masacre paramilitar que había ocurrido en 1988 y donde alrededor de 40 personas fueron asesinadas. Él era cronista del periódico El Espectador y estaba construyendo una serie de crónicas relacionadas a cómo los municipios que habían sufrido masacres sobrepasaban estas circunstancias gracias a la voluntad de paz de sus habitantes (FLIP, 2021). La última frase en la libreta de Julio decía: asoma el blanco sol de abril. Donde encontraron su cuerpo dos objetos: sus gafas y su última caja de cigarrillos royal.



*Fuente: Milciades Arevalo. s.f*

En ese escenario no solo asesinaron a Julio, sino también a Jorge Torres, el reportero gráfico que lo acompañaba. De los victimarios se ha dicho mucho: para la Fiscalía fue el ELN, pero en 1995 cierra la investigación en favor de dos miembros y presuntos autores del homicidio. Hasta 20 años después retoman la hipótesis de que, efectivamente, eran culpables, pero no pudo iniciar la investigación porque ya habían fallecido. Para 2018 se acusó a “Gabino, “Pablo Beltrán” y “Antonio García”, del Comando Central del ELN y se declaró un crimen de guerra que le dio el carácter de imprescriptible. Sin embargo, una de las preocupaciones es que la entidad negaba que el crimen contra Julio y Jorge tuviera relación con su oficio. En los expedientes se detectaron fallas de procedimientos y negligencias. La investigación no analiza el trabajo que desempeñaban ni los riesgos de la actividad. Adicionalmente, la agenda de apuntes de Julio Daniel nunca fue entregada a su familia ni hubo opción de recuperarla pues la incineraron por representar “un grave peligro para la salud (Cerosetenta, 2021). Para 2011, la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), presenta el caso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y en 2021 fue admitido.



Fuente: archivos de Daniel Chaparro, s.f.

Julio Daniel nació en Sogamoso, Boyacá el 14 de abril de 1962 y el grueso de su trabajo periodístico lo realizó en diversos medios de Villavicencio, Meta. Aunque fue reconocido por esto, como bien lo menciona Daniel, su hijo, Julio fue en esencia poeta: “uno lee su poesía y percibe a un ser adolorido. Pero era una persona feliz. Tenía una familia estable, escribía poesía, trabajaba en un periódico importante. Me cuentan que nunca se quejaba” (El Espectador, 2016) Julio siempre llevó las letras en sus venas. De niño, como lo refiere su padre, el también periodista Héctor Julio Chaparro, escribía versos que pasaba corrigiendo y desde ese momento su vocación era la poesía. El primer trabajo de Julio fue en la emisora Radio 5, donde daba la hora y anunciaba las canciones, para después crear con algunos amigos de su terna literaria la revista *Nuevo Oriente*. Ya radicado en Bogotá, tiempo después, estuvo en la emisora Nueva frontera y empezó a escribir en el Magazín Dominical de El Espectador. En vida publicó varios libros, entre

estos *Y éramos como soles*, una antología de 1986 y *País para mis ojos*, de 1988. *Árbol ávido* fue un libro póstumo pues su asesinato y la fecha de impresión del texto coincidieron. En el libro se aclara lo sucedido, su caratula es negra. En 1992 se publicó *Papaíto país*, un libro donde se encuentran transcritas las crónicas que publicó en El Espectador y me atrevo a pensar que es el texto con el que Daniel abre el camino de la memoria para hablar de su padre. En 2006 se publicó *Antología viva*, donde se recoge toda su obra.

Debo ser sincera, de leer a Julio Daniel una nunca se recupera. No supe de su existencia hasta que Ana me contó de Daniel y me entregó su tesis de grado sobre Segovia. Mi primer acercamiento a Julio fue este: “Si una noche cualquiera me encuentran muerto en una calle y ven mi boca repleta de insectos rabiosos trabajando en mi lengua, no sufran: habrá sucedido que caí antes de escuchar el balbuceo de mi hijo”. ¿El poeta vaticinó su propia muerte? Lo asesinaron cuando tenía 29 años.



*Fuente: archivo de Daniel Chaparro, s.f*

*Nota de campo 2<sup>17</sup>: A Daniel lo conocí en la pandemia. Ana me habló de él a raíz del trabajo que realicé para la clase de memoria y me compartió su tesis. Yo no sabía quién era ni él ni su papá, tampoco era un menester saberlo y de eso me di cuenta después cuando empezamos a conversar. Nos vimos en el Templo del Té, cerca de mi casa y estaba*

---

<sup>17</sup> 14 de septiembre de 2021

*muy nerviosa, sobre todo porque no tenía mucha certeza del para qué vernos... Y sentía distancia, una apenas lógica pues yo era una completa desconocida que, además, lo buscó por Facebook para contactarlo y por un designio divino, el mensaje no se fue al buzón de No deseados. Sé que hablamos de infinidad de cosas, pero a ciencia cierta, no me acuerdo de mucho...Llevaba mucho tiempo sin hablar con alguien y por estar pensando en lo que iba a decir para no embarrarla, me atontaba a ratos. De lo que me acuerdo es porque apenas llegué a casa anoté todo lo que pude recordar y desde ese momento, Daniel se convirtió en un referente si se quiere literario y estético para lo que quería hacer, por las frases contundentes que lanzaba en la conversa. Me sentía incómoda porque pensé que no teníamos mucho en común para hablar y si de algo estaba segura es que mi trabajo debía basarse en relaciones de confianza, pero una como investigadora a veces se afana y se asusta cuando las cosas no van al ritmo de una: otro aprendizaje... Daniel me contó cosas que luego profundizamos en la entrevista, pero cuando ya nos íbamos a ir empezamos a hablar de literatura y me di cuenta que ese era nuestro común denominador. De hecho, echó un chiste diciendo que si yo le hablaba de eso para ganarme su confianza... Creo que eso me relajó y le dije a mí misma: “mi misma, esto es confianza, cógela suave”. Como ya estábamos hablando emocionados, lo acompañé unas cuadas más del templo y me recomendó varias películas y hablamos de un autor que nos cae un poquito mal; también me recomendó a Kertész. Nos despedimos con un abrazo, y sentí que lo conocía de toda la vida.*

*Hasta ahora, ha sido la persona con la que me ha costado más hablar. Supongo yo que tiene que ver con nuestras personalidades, con nuestras condiciones de género y hasta con nuestro ciclo vital. Espero que todo este camino que empezamos a recorrer nos lleve a buen viento.*

### ***Ajuiciamiento de desertores y el caso de Ricardo Lara Parada***

Por favor escucha esto para acompañar la lectura. Al final encontrarás notas de campo que contextualiza lo que implicó la comprensión de esta experiencia:

<https://open.spotify.com/playlist/3HQQ9ugs21BdFGvy6dZr19?si=d6dcedc502b544>

Ricardo Lara Parada, cofundador del Ejército de Liberación Nacional (ELN), hizo parte de los primeros exguerrilleros de la historia de Colombia que abandona la lucha armada, creó un movimiento social y político amplio de izquierdas (FAM- Frente Amplio del Magdalena Medio) y es elegido concejal por voto popular. Fue asesinado la noche del 14 de noviembre de 1985. Mientras el país se estremecía con las imágenes de un volcán imponente haciendo trizas a un pueblo, a Ricardo le arrebataban la vida en la puerta de su propia casa. Mónica, quien para ese momento era tan solo una niña, vio por la puerta entre abierta a su padre agonizando (Casañas, 2018)



*Fuente: Archivo de Mónica Lara, s.f*

Ricardo nació en Barrancabermeja el 12 de octubre del 39; militó en las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y muy joven decidió cofundar a la naciente guerrilla del ELN, a su regreso de Cuba tras ser testigo directo en Bahía Cochinos del intento de invasión de EEUU, donde se encontraba becado estudiando Medicina. Después de 9 años en el monte, desertó de la guerrilla y fue capturado a finales del año 73. Para ese

mismo año, la dirección del ELN comandada por Manuel Pérez, determina que Lara Parada era un traidor y ordenó su muerte. Mientras tanto, Ricardo fue condenado y permaneció en prisión hasta octubre del año 1978. Para 1979, viaja a Panamá, Nicaragua, Libia y regresa al país en 1983 para acogerse a la amnistía ofrecida por el gobierno de Belisario Betancourt. La orden de su ejecución ocurriría doce años después (El Espectador, 2018)



*Fuente: Archivo de Mónica Lara, s.f*

A él, como cuentan, la paz le costó la vida (Sandoval, 2020). Y no a manos de fuerzas estatales, como es el destino de muchos combatientes sino de las propias manos de sus excompañeros de guerrilla. Mientras tanto, su hija Mónica perturbada por el miedo, evitaba hablar de su padre. El silencio se instaló alrededor de lo experimentado y, poco a poco, fue cubriendo los recuerdos de Ricardo. La memoria se fue desligando paulatinamente de él, pero como el ángel de la historia, que sigue mirando las ruinas que deja el progreso. Aquí es importante resaltar que en las distintas fuentes consultadas como páginas de búsqueda de información, su nombre no resalta, así como en libros de consulta

sobre la historia del grupo insurgente, donde solo es nombrado, pero no como sujeto fundante y decisivo en la historia no solo del ELN sino también de la política colombiana. Tal es el caso de los libros de (Broderick, 2018) o La historia contada a dos voces de Carlos Medina Gallego, donde Ricardo es tratado de “miserable” y “descompuesto”, en palabras de Alias “Gabino”, por ofrecer un par de ejemplos.

Hasta 30 años después, la memoria de Lara Parada y su legado político empiezan a emerger gracias al trabajo que ha hecho se hija al intentar recuperar las huellas políticas y sociales que dejó él no solo dentro del movimiento guerrillero sino cuando crea el FAM. Esa grieta causada en la memoria no solo familiar sino también colectiva e incluso de la propia historia del grupo armado es lo que lleva a Mónica a cuestionar sobre lo que sucedió con Ricardo y cómo esto se ha vinculado en la forma en la que se ha contado la historia de su padre como ser político, revolucionario y social.

Para Mónica, el trabajo de su padre significó el pasaporte a su propia muerte. En la historia del ELN, escrita por quien fue el máximo comandante de la organización Nicolás Rodríguez Bautista, alias Gabino, Ricardo es tildado de “indisciplinado, de baja moral combativa y soberbio”: *“Yo no quiero maquillar las cosas, ni distorsionarlas, para mí Ricardo fue un miserable y descompuesto.”*, dice Gabino. Además, alude a los supuestos excesos de alcohol y mujeres por parte de él. Incluso, pone en duda si Ricardo fue capturado por el Ejército luego de haber abandonado la lucha armada o si se entregó para dar información sobre el grupo guerrillero. En más apartados del libro, sobre todo en un capítulo específico llamado “La desertión de Ricardo Lara Parada”, se refiere con fechas y nombres sobre el abandono de Ricardo. Así, son los centenares de relatos donde, o se elimina a Ricardo de la historia fundacional del ELN o se habla de su moral y sus valores, como una justificación de su enjuiciamiento y posterior asesinato (El Espectador, 2018)



*Fuente: Archivo de Mónica Lara, s.f*

Como vemos, en la aparición y mantenimiento de dichos fenómenos, la distorsión en las historias oficiales sobre los hechos violentos y la carencia de mecanismos de aplicación de justicia y reparación eficientes para quienes se piensan víctimas, ha hecho mucho más complejo no solo los procesos de reparación y restauración del tejido social en Colombia, sino además ha dificultado la puesta en escena de otras formas de transmisión de narrativas memoriales de quienes fueron afectados por estos hechos. No obstante, sujetos y comunidades enteras, se han esforzado por reconstruir y narrar su historia por medio de estrategias no convencionales, como las artísticas y narrativas, para reivindicar la memoria de los *ausentes presentes* y, además, posicionar su propio hecho a partir de un espacio de agenciamiento. Dicho de esta forma, nacen otras iniciativas de creación y construcción de memorias que tratan de redefinir las experiencias violentas y, además, rearmar los pedazos de las estructuras sociales que se han visto resquebrajadas. Los sujetos que fueron victimizados, del mismo modo en que se han interesado por la reparación de los perjuicios

generados por los diversos crímenes que convocan la violencia política, también han buscado a través de estos ejercicios un espacio para el *ser* que les fue arrebatado y para reconfigurar sus propias subjetividades que siguen siendo una variable elemental para establecer relaciones sociales.

*Nota de campo n°3<sup>18</sup>: Son las 3:40. Espero a que Mónica se conecte a la videollamada. Me encuentro en la sala de mi casa; ha estado lloviendo mucho, así que por la ventana me llega un olor a tierra que me distrae y me hace olvidar de la ansiedad que me genera hablar. No la conozco y, sin embargo, sé más de su vida de lo que ella sabe de la mía. A veces pienso que por más que me intente alejar, la vida me sigue atando. Escribo sobre la guerra y sobre la esperanza. Yo, que vengo de un país donde a diario se siembran muertos. Yo, que nunca quise saber nada y al mismo tiempo quise saberlo todo. La muerte y la vida después de la muerte se han convertido en el mayor misterio. Llega Mónica. Mónica es una mujer mestiza, como yo, sonriente y amable. En medio de mi temor, intento contarle sobre mí. Digo intento porque las palabras se me confunden y la verborrea que sale no dice nada, finalmente.*

*Lo que se ve al fondo de la videollamada es un estudio. Tiene varios libros de cara y veo uno de ellos: el libro de su papá. Le hago las primeras preguntas... ella, cada vez que responde, desvía la mirada. Como si el horizonte le ayudara a dar las respuestas. Yo la escucho y, atentamente, me pierdo en lo que dice... Interiorizo cada palabra y la forma en la que pronuncia. A veces siento que se distancia de eso, como le hubiera pasado a alguien más pero no a ella. Como si el padre muerto fuera el de alguien más. Como si el recuerdo fuera de otro, pero no el que ella lleva a cuestas. Mónica narra su historia también desde*

---

<sup>18</sup> 5 de enero de 2021

*el silencio: un silencio que se adapta al canon de la censura. Veo ante mis ojos como la Historia se humaniza, se va pareciendo más a mi vida y surge en ella otra especie de conexión. El dolor es arte y he de reconocer que Mónica se enfrenta a este camino con mucho valor.*

*Ella me habla de su infancia, de su mamá y su papá, de sus recorridos por su barrio, del trabajo comunitario con su papá. Sus gestos y su voz se ablandan... se matizan, como si recordar su infancia le generara una ambigüedad propia de aquel que extraña la vida cuando no se entendía mucho. Empiezo a encontrar en su historia espacios diferentes. Casas rodeadas de paredes invisibles. Una edificación que se derrumbó y que empezamos a construir a través de las palabras. Cada pared es una vida llena de polvo, donde Mónica intensamente limpia con las palabras. La calidez de su voz que refleja su pasado que vive en su presente, oculta el desasosiego de la tragedia de existir.*

*Habla de su papá y a veces la siento con rabia. Y no sé cómo traducirla... me niego a veces a tratar de interpretar sus emociones porque siento que si me tocan me lastiman, pero no puedo evitarlo. La historia de ella me sobrepasa porque la siento como mía. Que su vida es un pedacito de mi historia. Su historia tiene olores, colores y muchos detalles de un universo que ella me invita a habitar. Me habla de sus viajes, de su desespero por encontrar la verdad... ¿La verdad?, me pregunto. ¿De qué verdad me habla? La vida misma es una verdad, aunque nos neguemos a verla. Muy atenta, empiezo a escuchar su dolor de pronto. Su cara cambia, ya no está la calidez en su voz... El dolor es una prueba de ese vestigio de vida que va mutando. La memoria es una vieja caprichosa que juega a su antojo, le digo. Ella parece no escucharme. Me muestra los libros sobre su papá y de pronto, sus ojos se encandilan. En ese instante, aparece en cámara su esposo y lo invita a sentarse. Ambos empiezan a contar las peripecias de la búsqueda de la verdad. De lo*

*dilatada que resulta encontrarla cuando nadie parece querer buscarla. De los viajes y horas enteras de escuchar miles de voces hablando de una sola vida. Mónica guarda silencio y parece irse de esta dimensión... quiero pensar que cuando lo hace es que habla con su papá.*

*Mónica no llora en toda la conversación y, sin embargo, yo siento que mis lágrimas son las de ella. Que yo soy Mónica y fue a mi papá al que asesinaron en la puerta de mi casa. Que traerlo a la vida a través de la palabra es una forma de re-existir, de no encontrarlo más en sueños y sentir que está a mi lado.*

*Al finalizar, Mónica y yo empezamos a hablar de los planes futuros, de lo que sigue para nosotras. Siento que no puedo dejarla sola. Y que yo no quiero quedarme sola. Los encuentros cuando están destinados son mágicos y abrumadores al mismo tiempo. Todo puede transformarse en literatura, dice Svetlana Alexiévich, y yo no puedo no estar de acuerdo. ¿Cómo transformo ahora la vida misma que parece sacada de un libro de horror?*

### 3. Capítulo 2: La casa vacía

Con el panorama presentado en el capítulo anterior, podemos empezar a hacernos una idea de cómo los procesos personales e íntimos que ocurren alrededor de una casa se vinculan con temas y problemáticas de interés público, histórico y de construcción de memorias. Pero también, por lo menos en mi caso y creo que ese fue el fin de esta investigación, me interesaba retratar cómo Pilar, Daniel y Mónica han reivindicado y resignificado estas experiencias que, desde ya, podríamos decir que han encarnado la transgresión. La transgresión en el sentido estético y ético de la palabra.

Para dar cuenta de esto, el análisis que propongo es temporal-analítico. Es decir: me detendré en tres momentos muy específicos de su historia siguiendo la metáfora de la casa, donde podremos observar con claridad el antes y el después del momento disruptivo donde aparece la experiencia de violencia que suscita la casa vacía, el momento en que ellos habitan esa ausencia, a través de diferentes herramientas narrativas y estéticas, para luego reflexionar sobre la transformación de la experiencia y de su propia subjetividad.

Cada ser humano vive las experiencias desde la particularidad y con las herramientas, ya sean el lenguaje, formas de enunciación, posicionamientos o condicionamientos sociales que ha construido para afrontarlas. La experiencia vivida de quien se queda en esa casa es cambiante, hay un antes y un después de que la violencia irrumpe en el hogar y hace que las formas de expresión en la cotidianidad se transformen o transiten de acuerdo a las condiciones y dinámicas que allí se establezcan. Cuando la guerra entra a la casa parece que no sale nunca, porque se vuelve un bucle infinito: muchas de las familias deben huir, otras pierden más familiares cuando empiezan a luchar contra la impunidad en el caso de su familiar victimizado, hay exclusión, amenazas, silencios y

fragilidades. Paralelamente, cada miembro de la casa parece fragmentarse: los sueños, las costumbres, los hábitos y las percepciones mutan y es la guerra quien potencia eso. Se desintegra el piso de la casa y entonces la subjetividad deja posar como una rígida y disciplinar, apoyada en la norma, para convertirse en una rizomática, flexible y que experimenta otros modos de existencia y de creación (Estrada, 2007)

Las casas vacías que deja la guerra traen consigo para los sistemas familiares la desintegración y recomposición de los vínculos con el propósito de enfrentar la pérdida del ausente-presente. En el contexto colombiano, que tan acostumbrado está a la ausencia paterna, (esto sin desestimar los centenares de víctimas que fungían su función materna dentro del sistema familiar) el impacto subjetivo es dinámico. Los cuerpos de la experiencia, femeninos en el caso de Pilar y Mónica, ajustan su subjetividad a los estándares que el contexto mismo impone: en el caso de Pilar, la llevó a asumir el rol proveedor de su familia en el momento que ocurre la desaparición, pero, además, a emprender la búsqueda de su esposo. También significó para ella misma enfrentarse a recuerdos asociados a los eventos posteriores a la pérdida de Jimmy y dejar a sus hijas sin su cuidado. En estas circunstancias no está de más acudir a la poderosa intersección que mencioné cuando hablé de la experiencia, porque en este caso Pilar al ser una mujer y de una clase social media baja sufrió las consecuencias de una manera violenta e intempestiva. Jimmy era un núcleo fundamental, no solo económico sino relacional en su sistema familiar y su desaparición debilitó la capacidad familiar de su sistema donde se agudizaron las situaciones de vulnerabilidad. Eso sumado al ciclo vital en el que se encontraba, que también tuvo un impacto subjetivo significativo: *“Llevábamos cuatro meses de novios cuando quedé embarazada, tenía 15 años. Mi adolescencia fue ser mamá, yo quedé embarazada desde la niñez. Yo lloraba mucho porque yo era muy pequeñita. [...] Así*

*pasamos mucho tiempo, quedé embarazada de la última niña y él trabajaba en una empresa de repuestos de refrigeración y se quedó sin empleo. Yo preocupadísima porque embarazada, entonces una prima me llamó y me dijo que el novio tenía una cafetería dentro del palacio. “Es de mesero”, me dijo. No va a ganar ni el mínimo, pero puede hacerse con las propinas y cuadrar el sueldo. Él entró y nos gustaba mucho el horario porque era de lunes a viernes. Cuando ocurrió la toma y retoma y lo desaparecen, pues es que no sabíamos la desaparición... es tan cruel porque uno no sabe si va a llegar o no. Se está esperando todos los momentos del día para que él llegue. Uno está anhelando verlo. Entonces no sabía qué hacer...*



*Jimmy y Pilar, s.f. Fuente: archivo de Pilar Navarrete*

*[...] “...lo único que sabía era que tenía que trabajar porque tenía cuatro niñas. Nosotros realmente sí vivíamos de las propinas, entonces ya propinas no había. Yo era la mamá, yo tenía que responder. Empecé a buscar trabajos y trabajos durísimos. Claro, con tercero de bachillerato que le van a dar puesto de gerente o que nada, era lavando baños, pisos, sirviendo restaurantes, todo lo que me ofrecieran. Eras experiencias muy duras, por*

*la humillación. La primera vez que llegué al restaurante, por ejemplo, me pusieron a pelar tres bultos de papa y casi se me cae un dedo de la vejiga tan grande. Cosas dolorosísimas, como un día que estaban cocinando y se hizo carne al trapo y yo casi me muero porque me acordé de la sacada de los restos del Palacio de Justicia cuando los veía salir todo quedamos.”*

*[...] “Pasaron muchas cosas, pero yo digo que pasó una cosa, Tania, y es que mis hijas perdieron, se les desapareció el papá y perdieron a su mamá también (se le entrecorta la voz). Yo nunca volví a estar con ellas, nunca, jamás, me iba a trabajar en lo que fuera y después ya teníamos que iniciar la búsqueda y nos metíamos por todo lado. Yo tenía un tío que tenía una empresa de ropa y me dijo que fuera a ayudarlo, más él para ayudarme a mí, la verdad. Me enseñaba de contabilidad y yo tenía la fortuna de que él me dejaba ir a reuniones, ir a los lugares a buscar a Jimmy y me dejaba salir. [...] Las denuncias, la búsqueda, las marchas y los juicios se transformaron en mi diario vivir”*



*Collage de la memoria, 2023. Fuente: Archivo de Pilar Navarrete*

La desaparición como experiencia produce en Pilar fuertes implicaciones relacionadas a lo público del caso y la naturaleza misma de la desaparición: un halo de esperanza por un posible reencuentro o el hallazgo del cuerpo sin vida, que fue como

ocurrió. En el pacto social donde los deberes en el conflicto se imponen con demasía a las mujeres, a Pilar también le fue impuesto el de la espera como responsabilidad. Esto tuvo incidencia profunda en la forma en la que Pilar intentó reconstruir su vida: *“me fui a vivir un tiempo a Venezuela porque cuando yo conocí a mi pareja de ese momento, a los papás de Jimmy y al hermano que era del DAS, no les pareció nada gracioso y me amenazó de muerte si yo me iba a vivir con alguien fue horrible. Entonces yo me fui lo más lejos posible y me fui. Muchas personas me reclamaron y me desprendí del proceso como dos años y medio o tres.”*

La violencia rompe con las formas tradicionales de relación e introduce a la vida de las personas que habitan esas casas nuevas dinámicas de poder, como el miedo, la muerte, el desplazamiento, entre otras modalidades, y modifican prácticas, distribuciones de roles de género, prácticas productivas, las formas en las que se transmite y se recibe afectos y las características que definen a cada miembro de la familia. La experiencia se tramita en el cuerpo de forma particular y los marcos sociales en donde se encuentra amparado ese cuerpo sostienen los estigmas y normas que a veces imposibilitan que los sujetos puedan atreverse a vivir sus sentidos de manera diferente, por eso la importancia de la distinción interseccional que aparece para tramitar la violencia. Dentro de cada cambio en la configuración familiar surgen otras relaciones, responsabilidades y actividades (Cifuentes, 2009).

En Mónica, su cuerpo asume la experiencia desde el silencio y el miedo. El desplazamiento que vivió y los cambios constantes de nombre y de vida, dificultaron la resignificación de su subjetividad, pero también agudizaron la ruptura de sus lazos principales con el núcleo familiar. Como Pilar, es su madre quien asume el rol proveedor y de cuidado al mismo tiempo y, por el contrario, al aislarse, Mónica pudo vivir una infancia

normativa y amparada en el contexto. En *Los hundidos y los salvados* (1958), Primo Levi indica que las experiencias de violencia como las descritas, generan un quiebre en la subjetividad por su carencia de sentido. Se evade u omite el tema a causa de su propia dificultad para contarlo, pues la persona que sufre no comprende la razón de la violencia y, en el caso de Mónica, no fue una decisión deliberada, sino el resultado de la situación en la que se vio envuelta su familia luego de la muerte de su padre. Aparecen entonces las eventualidades que generan entre quienes sufren la voluntad de no saber, de evadir el recuerdo para poder seguir viviendo (Jelin, 2001); se abraza a un olvido que permite conservar cierta normalidad y alejar las posibles tensiones que generan estas experiencias:

*“Cuando yo estaba pequeña, mi papá siempre nos involucró en todo proceso político y social. O sea, yo no era la niña que cantaba rondas y esas cosas... yo iba a reuniones políticas, ayudaba a hacer las banderitas del Frente Amplio del Magdalena Medio, hacíamos presentaciones muy políticas en el sentido en que ponían contextos de los niños en la guerra. Entonces siempre viví muy, bueno, trastocada porque nos tocaba viajar a Nicaragua, a Panamá, no digas quién eres. Siempre estuvo ahí como que no sabía cómo era, ni quién era ni todo eso. Cuando matan a mi papá, yo lo veo morir en la puerta de mi casa, o sea yo vi cuando cayó y ese impacto yo creo que me bloqueó, me entró en un proceso de negación, saca uno una resiliencia para poder vivir, para no joderte, para no quedar traumatado. Ahí mi mamá me aísla. Entonces, por primera vez en ese aislamiento yo pude ser una niña normal, pude ir al colegio, salir a la calle, jugar con mis amigas.”*



*Mónica y su madre, Rocío, s.f. Fuente: Archivo de Mónica Lara*

Como en el caso de Pilar, el bucle de la violencia se repite:

*“Yo salgo desplazada de Barrancabermeja y empiezo a encontrarme con esas amistades de mi papá, empiezo a encontrarme con toda esa historia, llegó con otro nombre y con otra historia. Y el impacto fue duro porque yo venía de una historia, de ser una niña política entre comillas, pero después me pierdo en la adolescencia y quedo embarazada y me pierdo en la cotidianidad y después me enfrento con la responsabilidad histórica de que tengo un papá y una mamá en estas condiciones.”*

Para Mónica, el asesinato de su padre se transformó en silencios y miedos: *“Cuando a mi papá lo matan mi mamá queda con todo ese dolor, esa frustración y entonces ella nos aísla de todo, pero ella no habló de mi papá jamás con nosotros y cuando otras personas se acercaban a hablar del tema de mi papá, ella lo que hacía era “ay, no toque ese tema, no hable de eso.” Por ejemplo, mi hermano decía “mami, yo me quiero meter en lo que mi papá se metió, yo quiero ser así”, entonces mi mamá decía “cuidado, no, aléjese de eso”. Era muy nerviosa y muy miedosa. Ella trató de ser una mamá pues normal, mi familia igual no era normal, pero ella se dedicó a trabajar, a estar pendiente de sus hijos, de llevar*

*la comida... de hacer de padre y de madre. Pero nunca se habló de mi papá. Fue una relación con todas las ausencias.”*

*[...] En Barrancabermeja no se podía hablar de la guerrilla, no se podía tocar el tema... uno tenía miedo, vivía paniqueado literal. Pasaba por ejemplo que yo me montaba en un colectivo cuando me quedaba mirando un señor y me decía que si yo era la hija de Ricardo, yo sentía como si me hubieran dicho ser la hija del diablo. Por eso mi mamá nos aislaba porque ella también decía “ustedes empiezan a meterse en ese tema de su papá y los van a matar. Pero cuando decido saber sobre él es como abrir una herida, uno a veces prefiere dejar el león dormido, pero es imposible porque el cuerpo, la historia te lo pide”*



*Mónica en compañía de sus padres y su hermano, s.f. Fuente: Archivo de Mónica*

### *Lara*

En el caso de Daniel, su cuerpo de experiencia masculino vive el hecho desde la madurez temprana. En su sistema familiar, contrario a los de los otros dos casos, no hubo una fragmentación ni desintegración tan radical, como lo menciona él, la memoria íntima de su papá se llenó de anécdotas e historias que su propia familia iba relatando. Sin

embargo, en un momento determinado de su ciclo vital es el contexto el que lo llama a pensar a su padre desde otras posibilidades y su subjetividad parece fragmentarse para transformarse en otro sujeto: *“Los recuerdos van haciéndose más borrosos y van perdiendo la nitidez que tenían en algún momento, pero bueno, ha habido como momentos en los que trata uno de rescatar más esa primera infancia, sobre todo porque yo creo que Villavicencio enmarca la relación con mi padre, es mi infancia, es un poco también la compañía de estar con mi papá. Yo me destacaba en el colegio, y cuando estoy en tercero es cuando matan a mi papá y ahí hay un pequeño declive. Al siguiente año me voy a otro colegio y no vuelvo a ser esa persona que tenía el protagonismo que tenía en el colegio chiquito del barrio... [...] No sé, es que evaluarme y mirar hacia atrás no es sencillo, pero sí siento que, que el adaptarme, o sea, hay una coincidencia ahí, ¿no? Adaptarme a un lugar más grande y hacerlo como sin la compañía de mi papá, que yo sí creo que la importancia de la memoria de mi papá y todo lo que significó era muy potente para mí, ¿no? Era como un faro, era como como la persona que me ponía un poco determinado, no solo como esa autoridad y esa relación de autoridad de padre e hijo, sino creo que depositaba mucha confianza en él. Una admiración profunda y bueno, es esa idealización creo yo del niño hacia el padre, pues, de la infancia hacia la adultez.”*



*Daniel y su padre, Julio Daniel, sf. Fuente: Archivo de Daniel Chaparro*

Para Daniel, el asesinato de su padre implicó asumir la decisión de tener cierta madurez para afrontar esa situación compleja: *“Tú la vez pasada me dijiste, pero recuerdo también haberlo dicho en una entrevista y es que cuando murió mi papá dije “la vida continúa” y entonces eso implicó asumir esa madurez. No hubo cambios, alteraciones muy bruscas de la relación con mis abuelos, o mis tíos o con mi mamá, creo que ahí la manera de evitar eso en ese momento fue como muy, muy íntima, pero no siento que me haya vuelto drásticamente más retraído o algo así de la vida cambió completamente. Yo creo que, si lo tengo en una trayectoria de vida un poco más grande, ha sido más impactante para mí el retornar a eso, el reabrirlo. O sea, para mí, ahí sí que yo siento que hay unas transformaciones en mis maneras de comportarme y como en la forma de ser”*

*[...]En el colegio, en el bachillerato, era algo de lo que yo no hablaba, porque ya mirando el retrovisor y echando hacia atrás un poco y desandando pues la vida, yo estudié con gente, o sea mis amigos del colegio eran pelaos que no tenían padres, por diferentes circunstancias. Mi mejor amigo lo único que conservaba del padre era el apellido. Y otro man que se volvió amigo, papá no existía. Siento que no era un gran asunto, no era un*

*gran tema. La apertura de contextos que me dio la universidad fue lo que convirtió el tema en relevante. No fue una cuestión muy personal retornar, fue más como responder a un contexto, a una demanda.*

Para Daniel, su casa fue un lugar de memoria íntima de su padre, una memoria silenciosa que lo acompañó: *“yo, por ejemplo, crecí en una casa donde no se ocultaba el tema de mi padre, por eso mi tesis la titulé los rumores del silencio. Había otra forma de hacer memoria, ¿no? La anécdota, la risa, era creo yo la forma más natural por parte de nosotros de seguir evocando a mi papá y de traerlo. Yo sabía que mi abuelo en algún momento en este tema como de estar tomando algo así, había como un caudal de historias chistosas y curiosas.”*



*Daniel y su padre, s.f. Fuente: Archivo de Daniel Chaparro*

Vivir en la casa vacía es volver a vivir el silencio, es retomar despedidas, reencontrarse con los rostros que quedaron eternos, enfrentar preguntas que jamás se resolvieron y reafirmar el antes y después de un ser querido que hace parte de la historia del conflicto en Colombia. El impacto subjetivo de la experiencia, sin embargo, también lleva a transformar las formas de duelo y adaptación de las personas, por eso estandarizar las reacciones es una empresa innecesaria y se hace menester comprender las acciones

particulares que ocurren dentro de los procesos de habitar las ausencias que deja la guerra. A los momentos de comprensión de la ausencia, se suman también la incertidumbre y los sentimientos de indolencia por la falta de respuesta estatal ante la pérdida. La impunidad también se constituye en un escenario común que afecta significativamente la forma en la que se moviliza y se entiende la experiencia. Por eso son tan contundentes otras estrategias y expresiones de justicia, que pongan de presente lo que ocurrió con las ausencias presentes y también para movilizar las versiones oficiales de los hechos.

### **3.1. Habitar la ausencia**

Te hablarán de mí seguramente  
de la copa que no dejo de beber  
de mi tristeza.  
te dirán  
de los que desvelaron  
de los que asaltan y remontan mar y huella  
por mis venas.  
pero es simple hijo, es esto  
nosotros:  
la mariposa que aletea y no cesa de cantar  
entre las llamas.  
lo que tú serás, lo que ya eres  
una esperanza así,  
una esperanza...  
epigrama para mi amor.  
te miro  
y de tanto verte aleteando mariposas  
entiendo que me inventas.

las montañas solo son  
el feliz beso que siempre besa el viento.

**Poema sobre una palabra, Julio Daniel Chaparro**

Pilar, Mónica y Daniel, además de insertarse en una nueva realidad donde no está su familiar, se enfrentan a nuevas maneras de comprender su pérdida que, como veremos, se sale de la norma o de la convención de considerarse “víctima”, y controvierte lo traumático de los hechos y la forma de transitar un duelo. Los contextos de violencia y de terror no solo en Colombia sino en el mundo, nos han mostrado novedosas formas de entender lo íntimo en lo público. Esta comprensión alternativa de los duelos apunta a apartar la victimización de los escenarios del conflicto para darle un lugar de agenciamiento a las personas que viven las experiencias de violencia. Por supuesto, esto no implica la negación de los hechos victimizantes, ni el sufrimiento que ocasionan. Lo que busca controvertir, en cambio, es la cosificación de este estado que muchas veces puede incidir en un posicionamiento acrítico.

La categoría víctima ha sido reconocida, como lo menciona Guglielmucci (2017) como una que agrega un capital social, político y cultural a la identidad de quien se considera bajo esa condición; sin embargo, es un concepto ambiguo y a veces insuficiente para las personas que experimentan la violencia. Esto porque las interpretaciones que empiezan a emerger cuando se construye socialmente un concepto como este, recaen en la estigmatización e, incluso, la revictimización. Al ser un término tan volátil, por su carácter subjetivo, se configura dentro contextos que definen quién es llamado y bajo cuáles circunstancias aparece la palabra con sus características. Por supuesto, tiene efectos prácticos en lo jurídico y en lo subjetivo y es, precisamente lo que controvierten Pilar,

Daniel y Mónica. No es lo mismo ser llamado víctima que autodeterminarse como tal, y esto tiene dos caminos: en un principio podría generar capacidad de acción, comprensión de su propia historia desde otro lugar e, incluso, confianza para transmitir la historia a otros interlocutores. Cuando se es llamado, como mandato, implica unos modos de enunciación diferentes que recaen en convertirse en un sujeto pasivo que, lejos de darle sentido a su propia historia como si hiciera parte de ella, la observa como objeto e, incluso, la escucha desde las comprensiones de los otros. Es como si a esa casa entrara de nuevo la violencia pero disfrazada de modos de ser, de formas de comportarse, de un sentido procesual de cómo hacer duelo, de cómo buscar la verdad o cómo hacer justicia.

La narrativa del trauma y la violencia propicia una forma de subjetivación en la que se define a las víctimas desde tópicos y se les reduce a la pérdida y al sufrimiento. Pareciera entonces que el estereotipo sostiene lo “traumático” como un lugar irredimible y fijado. Estas formas de construcción social de las narrativas, que se sustentan también a través de los medios de comunicación y de lo que consumimos, les roban la subjetividad a esas víctimas y las convierte en un objeto de mirada externa. Podríamos llamar una economía de la victimización y el trauma, a esa forma en la que como sociedad hemos decidido comercializar las categorías para reducir la experiencia de ver la casa vacía a una cargada de pesimismo y solamente trágica, y ya vimos eso qué significó en el cuerpo de mis interlocutores durante mucho tiempo. Ese discurso despoja de agencia y no permite reconocer las maneras de resistir y transformar, lo que obliga a los sujetos a depender de la violencia que les ocurrió. Gayatri Spivak introduce el término del *sujeto subalterno* en su ensayo *Can the subaltern speak?* (1985), donde interroga si el sujeto oprimido es capaz de expresar y comunicar su dolor o si, por el contrario, esas expresiones se pierden en la reconstrucción de la historia oficial de la violencia y en la subalternidad. Este termino me

parece muy preciso para señalar varios puntos, entre esos, el por qué la apuesta narrativa y estética de mis interlocutores además de transgresora, también podría convertirse en una herramienta anticolonial para entender la experiencia de la violencia en el cuerpo y la memoria. Una de las cosas que Spivak (1985) defiende es que las voces de los sujetos subalternos, es decir, los sujetos que pertenecen a grupos oprimidos, mujeres, campesinos, proletariados, etc., no pueden ser escuchadas desde su propio lugar y terminan siendo habladas por otros. Ella menciona que esto ocurre por dos dificultades: la primera, no hay un lugar de enunciación que lo permita. La segunda, el cuerpo femenino o de la mujer ocupa ese lugar radical por su doble condición de mujer y sujeto colonial. Esto es importante porque, como lo señalé en principio, la experiencia de la violencia de mis interlocutores se entiende desde lo interseccional donde, por supuesto, pasa el discurso dominante del ser víctima y el trauma que corresponde a lo colonial. Hablo de lo colonial porque los sentidos y usos de las categorías que menciono corresponden a las construcciones que se han hecho desde el discurso dominante y lo que han cimentado los “vencedores” sobre la historia. Esto se hace evidente, por ejemplo, a las políticas del enemigo que asumieron el estado o los grupos armados agresores en relación a la forma en la que los cuerpos de la experiencia iban a ser tratados. Esas políticas se relacionan también en la forma en la que las instituciones, los medios de comunicación y la sociedad, en general, comprende las experiencias de violencia y habla sobre los duelos y las fisuras que aparecen en la casa. También aparece en las construcciones epistemológicas que ha hecho la academia y el conocimiento *del primer mundo*. El entendimiento de lo traumático, por ejemplo, se hereda de la medicina tradicional y los estudios psicoanalíticos y pos-freudianos que corresponden a un contexto y a una situación de violencia específica.

Por eso, en el proceso de transgredir, el trauma ya no tiene lugar porque este no considera el proceso de sentido, de toma de control y de transformación. No es un generador de lo subjetivo ni estructurador (Kaufman, 1985). Al ser estático, conlleva a un discurso que no considera la experiencia completa de lo que al sujeto le ocurre. De esta manera, así lo menciona Spivak (1985), las formas de hablar del trauma y la victimización no pueden considerar la complejidad y hablan sobre el sujeto subalterno como si fuese una especie de material pasivo. El sujeto subalterno ha sido una persona históricamente sometida y esto ha dado lugar a una falta de historia. La historia oficial habla del sujeto subalterno sin contar con el sentido y la significación que hace este de su pasado.

Las emociones que se insertan en la subjetividad a partir de ese escenario de violencia no solo involucran dolor o tristeza, sino también nuevas formas de creatividad y resistencia, así como concepciones compartidas de entender y habitar las ausencias. Con esto me refiero a que no solo los familiares habitan esos dolores y memorias, sino que las experiencias transformadas empiezan a movilizar a otras y otros que indirectamente se vinculan a su nuevo sentido de la experiencia. Es decir, la comprensión de los procesos y de las experiencias va más allá del linaje sanguíneo o familiar, para pasar a ámbitos públicos. Las estrategias narrativas u objetos culturales, como le llama Cvetkovich (2003), han sido la forma de documentar los hechos, las historias alternativas de las ausencias presentes y los reclamos de justicia y verdad. Pero, como veremos más adelante, estas enunciaciones no se han quedado en soliloquios, sino que han tenido incidencia en lo jurídico y en la historia política y social de Colombia.

Las historias en las casas vacías se ponen en movimiento. Las ausencias convierten a los que quedan en fabricantes de relatos. “Los muertos obligan a desplazarnos”, menciona Despret (2021) dibujan otras rutas y caminos. ¿Qué hacer con esto que pasó? ¿Cómo armar

el rompecabezas? Las matrices narrativas que han armado Pilar, Daniel y Mónica han servido para ficcionar y performar la vida de su familiar y hacer partícipes a los otros de la historia de una ausencia detenida temporal y espacialmente. Para Pilar, la necesidad de contar y emprender el mandato de justicia empezó paralelamente a su búsqueda: *“En parte fue una exigencia de la gente, pero también el hecho de que yo veía que esa era la manera que tal vez podría visibilizar su historia y la mía. Yo soy la voz de Jimmy y Jimmy creó en mí todo lo que yo soy. Yo siempre si viajo, si hablo, si como, siempre le doy gracias a él por todo lo que yo soy ahora... En mí cambió todo. Contar la historia lo hacía visible, era no dejar que se muriera, que se desapareciera, que no se borrara su imagen. Cada vez fui como atesorando cada uno de los recuerdos y me fui dando cuenta de la importancia de poder permear a la gente. Yo lo recuerdo tanto a diario o se lo estoy contando a mi gente, a mi familia, a mis nietos. Con ellos es constante... Hablo como él habla, hago sus gestos. Somos tres: él, su historia y yo.”*

En Mónica, aunque se instaura por instinto, “una voluntad de silencio, de no contar o transmitir, de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimiento” (Jelin, 2001), el recuerdo emotivo y definitivo en su memoria hace que regresen escenas retrospectivas que irrumpen su vida cotidiana que marcan el camino para entender los peligros de una historia oficial: *“Después de muchos años de tener enterrada su imagen y su historia, la vida me lo trajo de vuelta una tarde en la universidad, en la que tenía que exponer acerca de las guerrillas colombianas. A mí me tocó trabajar o investigar sobre el ELN. Recuerdo que expuse y no mencioné a mi papá, por miedo, pero el profesor me dijo, “Mónica, le hace falta mencionar a un personaje que tuvo repercusión internacional”. Lo llamé aparte y le dije que yo no podía hablar de ese señor porque era mi papá; el profesor me miró y me*

*dijo: “¿por qué cree que le puse a usted el ELN?”. Me sorprendió... ¿cómo es que ese profesor sabía de mi papá? Yo salí corriendo y de inmediato nació en mí una necesidad de saber quién era mi papá. Hombre, siento que me hice tarde las preguntas. Es como abrir una herida, es una necesidad. Yo no entendía muchas cosas de mí, quería esclarecer, entender, reencontrarme con lo que soy”*

La casa vacía de Daniel significaba reconocer la existencia de su padre desde otros lugares: *“lo que se abrió fue otro tipo de pregunta, que planteaban otro tipo de ejercicio de memoria, otras preguntas a las que yo no le tenía respuesta y que empiezan a aparecer... Yo sabía que él fumaba, le gustaba el ron y era mujeriego y ya está. Hay aspectos de la vida de las personas que, pues han sido vitales para nosotros y que no están, que el desconocimiento pues de estas facetas múltiples de esta vida de estas personas por un lado nos hacen como complementarlas... yo tenía un rompecabezas como incompleto, me tocaba empezar a llenar las fichas. No fue una cuestión personal en principio, fue más como responder a un contexto. Empecé a ser parte de H.I.J.O.S y allí las anécdotas y la cotidianidad se transformaron en otras preguntas, en otros ejercicios de vinculación para entender la trayectoria de vida de Julio Daniel Chaparro. Yo no quería encuadrarlo en un proyecto político, lo sentía forzado. Yo quiero más una fidelidad que una necesidad de y mi apuesta fue por ahí.”*

Cada uno ha usado diferentes estrategias narrativas y artísticas para hablar de la ausencia-presencia, pero la unión con otras personas que han vivido estas experiencias ha sido de gran importancia. Pilar y Daniel, sobre todo, han pertenecido a organizaciones sociales que realizan acciones colectivas relacionadas a la memoria y la búsqueda de justicia. Para Pilar fue clave para iniciar las acciones que emprendió: *“Cuando empezamos a ver el accionar de las madres de la Plaza de Mayo, lo de salir a caminar con las fotos,*

*entonces nos copiamos de eso, dio resultado, eso la gente no lo olvida. Yo tengo la fortuna de que, y lo digo y se lo digo a las familias del Palacio de Justicia, a mí no me tocó sola en este caminar, porque pues estaban las otras familias y caminamos juntos la ciudad y eso es algo bueno, porque yo no tengo amigos como Yuri, y yo digo que es un valiente, por su hijo Nicolás, porque pues él ha hecho un camino solo. Yo no, yo me juntaba con otros y pensábamos en qué hacer: ¡Ay, salgamos a caminar todo el día! ¡Ay, vayamos a la plaza! ¡Ay, saquemos los retratos! Entonces, esas son como herramientas que usamos para visibilizar. Después fueron canciones, escribir, hacer murales... Yo creo que el arte ha ido en todo el sentido, todo ha ido perfeccionando la manera de contar la historia de nuestros familiares. La gente se mamaba de verlo a uno en la esquina, pero cuando hacía otro tipo de cosas causaba otros sentimientos. Y a raíz de eso, es que yo creo que es lo que ha pasado conmigo, yo no me lo he inventado a mí me han invitado.”*





*Fuente: Archivo de Pilar Navarrete*

Pilar ha hecho parte de múltiples muestras artísticas donde ha podido hablar sobre la desaparición de su esposo y de las demás personas desaparecidas, porque ella se ha vuelto una mujer buscadora, pero ha sido el teatro una forma contundente de traer a Jimmy una y otra vez a la vida. Así lo conoció y así habita su ausencia e invita a los demás a hacerlo.

*El Palacio arde* es una obra de teatro de creación colectiva, ganadora de la beca Bogotá diversa del año 2018 y allí, a través de los relatos de Pilar e Inés Castiblanco, la hermana de Ana Rosa una de las mujeres desaparecidas, retoma los hechos del 6 y 7 de noviembre. Las historias se desarrollan a través de la vida cotidiana de estas dos mujeres y propone una realidad ficcionada donde Jimmy Ana Rosa no han desaparecido. Aparecen diferentes objetos en el escenario que les recuerdan a ellos: desde su comida favorita hasta la música que les gustaba bailar. Hay una escena muy poderosa, que cuando fui a ver la obra me estremeció profundamente: frente al escenario, en cada cambio de escena, Pilar va colocando los objetos preciados de Jimmy y, en una parte, baila con un esqueleto *Las Tapas* de Lizandro Mesa. Baila con Jimmy y entonces deja uno de sentir ese dolor del vacío tan distante, para sentirlo en colectivo. Al final de la obra, todo el mundo sale absolutamente conmovido y con lágrimas en los ojos.



*El Palacio arde, 2021. Fuente: MOVICE*

Pilar también participó en el desnudo masivo que organizó Spencer Tunick, donde se grabó el cortometraje digital Keep Walking Colombia donde pudo contar la historia de

su esposo: *“Me llamaron a participar de las fotos y que al mismo tiempo con ese desnudo podía contar la historia de Jimmy y dije que sí. Era una oportunidad única.”*



*Keep Walking Colombia. Fuente: [www.johnniewalker.com](http://www.johnniewalker.com)*

*“Yo tengo una fama y es que todo lo que me propongo lo saco, entonces que digan ahí está Pilar, por ejemplo, cuando hicimos el cuento de las pañoletas naranjas con el logo del Palacio, que es algo característico. Yo mandé a hacer 300 pañoletas, las mandé a Argentina y un amigo mío les tomó una foto a las madres con ella. Yo creo que eso ha sido un sello personal.”* Resumir la trayectoria de décadas de trabajo de Pilar es una tarea difícil. Ha bordado, pintado, se ha enterrado viva, ha caminado kilómetros, ha salido en televisión, en radio, en periódicos siempre con la conciencia de mostrar lo que pasó y de exigir verdad y justicia:

*“Yo me sorprendo. Esto para mí ha sido como una carrera. Tú eres abogada o psicóloga o comunicadora, lo que quieras tú, esto es mi carrera. Lo hice tan mío que la*

*gente lo respeta. Mi pareja ha sido mi cómplice, se pone la foto de Jimmy, se pone el trapo, lo quiere, lo siente como si fuera su hijo porque ya somos viejos y Jimmy se nos quedó de 28 años. Mis nietos han aprendido todo esto. Yo quiero dejar en algo el trabajo de ser buscadora, no caso Pilar Navarrete sino lo que significa la víctima como desaparecido. Pero esto también me ha ayudado a sanar, yo sufrí mucho y lloré mucho, pero esto me ha ayudado.”*



*Proyecto Oruga, Comisión de la Verdad. Fuente: Comisión de la Verdad*



*Fuente: Archivo de Pilar Navarrete*



*Fuente: MOVICE*

Para Daniel, sus transformaciones subjetivas empiezan cuando retorna a la historia de su padre: *“Yo en el primer semestre de la universidad tenía como unos ejemplares de Papaito País, que era un libro de crónicas que se compiló después del asesinato de mi papá, y había un par de cajas en la casa... no sé cuántos ejemplares podían hacer, 70 0 50 o algo así. Y yo en el primer semestre de la universidad en un momento vi esas cajas y bueno, se las voy a llevar a la gente que estudia conmigo, entonces como que repartí. No había ningún afán de mostrar o decir “mire, yo soy hijo de un periodista que fue asesinado” sino como pues compartirlo, ahí estaba. [...] es que hubo una apertura de contextos donde el tema se convierte en importante, relevante, con gente interesada en abordarlo y esto llega hacia al final de mi universidad, o sea, como a mis 23 años o algo así. Pucha, están los canales abiertos pues todo este tema de dispositivos, que invita a la gente como a hablar de eso...pero para mí no es un asunto de visibilizarme a partir de eso, más bien como que no. Abrí otras preguntas, eso era una manera de reactualizar quién era mi papá y saber de su existencia y de no dejarlo caer en el olvido. En las circunstancias familiares y de amigos y la llegada a H.I.J.O.S también me las planteó, esa era la gran pregunta. Nosotros somos de izquierda ¿entiendes? Nosotros somos la segunda generación*

*de la izquierda, que le golpearon tanto en los noventa, en los ochenta y los noventa, nosotros somos eso. Aquí no estamos hablando de otros hijos, de otros sectores victimizados, sino de izquierda. Por eso la pregunta tan potente de empezar a mirar esa identidad política.”*

Las preguntas que Daniel se empezó a hacer sobre la subjetividad política de su papá, durante su militancia en H.I.J.O.S, lo llevaron como un espiral a preguntarse por otras cosas: *“Esa fue una pregunta que llevó a la otra, que es como bueno ¿quién lo mató? Y ahí es también empezar a hacer algo. Y yo había crecido con una cosa, así como: es un man de izquierda que va a Antioquia, hay paras, bueno eso encajaba perfecto. Ya, eso era. Alguna vez lo dije en una entrevista, pero lo más probable es que hayan sido los paras. Pero no, no se sabe... [pausa] Te lo voy a resumir un poco: yo crecí en la adolescencia sabiendo que era el hijo de una persona asesinada, pero viviendo un poco más la vida de él ¿sí? O sea, como volviendo constantemente a él. Y después, pues la pregunta empieza a ganar terreno, empieza a englobar mucho más o hacerse gigante esa pregunta sobre la muerte y empieza uno a girar sobre el asesinato. Y yo siempre he creído y creo que nunca me he deslindado, pero a mí no me interesan esos ejercicios y esa judicialización de la memoria. Yo digo a la gente solo le interesa saber en qué va el caso y quién lo mató. Pero para mí era tan evidente que primero me tenía que enamorar de la persona viva y luego saber cómo, primero cuéntame para hacerme sentir la muerte, primero quiero saber a quién mataron y eso para mí siempre ha sido obvio.”*

*[...]Me sorprendió. Yo estaba en el grupo de memoria histórica y uno de los investigadores principales, haciendo una investigación sobre El Salado dijo “a la gente le interesa contar qué había hecho su familiar, cuál era su trayectoria más allá de cómo mataron a la gente.” Y eso es obvio, a mí no me interesa saber si mataron a mi papá en la*

*calle La Reina el 24 de abril de 1991 a las seis de la tarde, no, yo quiero mirar al poeta, al escritor, al man que le gustaba la salsa.”*

La militancia en H.I.J.O.S fue un ejercicio tardío para empezar a creer en una lucha, a través de un proyecto colectivo, en un momento de la historia donde se empezaban a reconocer a las víctimas de crímenes de estado, que era uno de sus ejes identitarios principales: *“siento que es el momento en el que menos esperaba verme yo... o sea mataron a mi papá, yo era un niño y lo afronto... tengo la capacidad de ser mucho más resolutivo frente a la situación que otras personas pero, para mí, es como tomarse un trago que ya venía añejándose hace mucho tiempo y esto sí que me da vueltas y yo no he parado de dar vueltas desde el 2006.”*

La historia de su padre empieza a tomar sentido porque la apertura de contextos es contundente: *“esa historia empieza a ser tan importante en términos personales, pero tiene el espacio académico abierto, tiene la posibilidad también de tener espacios laborales que surgen a partir de ahí. Sé que yo frente a los demás empiezo a tener un valor especial porque soy un hijo de una persona asesinada; sin embargo, yo no quiero que me valoren por eso solamente y es ahí donde empiezo a desempolvar los títulos para que no me encasillen y esa ha sido mi lucha definitiva.”*

La escritura y la autoficción ha sido el espacio que Daniel ha construido para atravesar el camino de la memoria de su padre, desde el goce: *“Yo no quería pensar y seguir estando en una sombra. Para mí fue un despertar, sobre todo cuando estuve en España, porque yo me sentía realmente incómodo, habitaba el malestar como dice Gatti [Gabriel Gatti] y allá encontré la fórmula para salirme de ese lugar. Y ya luego, para mí de verdad que fue un disfruté, me gocé como no lo había gozado el tema de escribir eso que salió publicado en El Espectador, porque a ver, te lo voy a decir así, pero hay que*

*matar al padre, pero ¿cómo matamos al padre que está muerto? Pues, hay que ser muy meticuloso, porque además uno lo quiere y lo ama. Y la memoria de mi papá, que el libro, que la exposición, pues en parte he sido yo reconstruyendo, entonces matar al padre es matarme a mí y por eso duele tanto. Y mi postura es disfrutar lo relacionado a mi papá ya no cobijado por la tragedia o el sufrimiento. Y creo que lo que he vivido ha sido también por los imaginarios contruidos de cómo se debe hacer.”*

El artículo que menciona Daniel se titula *Asoma el blanco sol de abril*<sup>19</sup>. El relato se basa en la libreta de apuntes que Julio Daniel cargaba el día que lo asesinaron y lo que hace él es reconstruir el texto que hacía parte de una serie de crónicas llamada *Lo que la violencia se llevó*. El texto lo rescató de un expediente judicial y solamente tenía tres páginas. Se publicó el 23 de abril de 2021, a 30 años de su asesinato.

*[...] No sé si te acuerdas que la vez pasada hablamos de que esto es como un árbol... uno lo ayuda a sembrar, a regar el árbol y no ayuda a proyectar tu propia sombra. Para mí ese artículo significó como coger desde el lugar donde ese árbol me brindó sombra y me acogió pero que, en los últimos años, en mi vida adulta se ha vuelto tan complejo, yo cogí con ese artículo y empecé a subir rama por rama y me paré allá arriba y me proyecté. Yo creo que la gente afuera no lo percibe, pero en ese momento, escribí el nombre de mi papá y el poder lo tenía yo... era un desdoblamiento muy raro. Es una condición dada desde ese miércoles en la noche que escribí... allá está, eso es. ¿Con esta cosa qué hago? ¿Hago lo que otra gente espera? Pues no, eso es lo que en un momento hice y por eso me gusta ese cuento de transgredirlo.*

---

<sup>19</sup> *Asoma el blanco sol de abril*, Daniel Chaparro Díaz. El Espectador, 23 de abril 2021. <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/daniel-chaparro-asoma-el-blanco-sol-de-abril-article/>

De esta transformación han acontecido muchas apuestas narrativas para rescatar a la figura de Julio Daniel poeta y enunciar la impunidad que ha envuelto el caso. Desde muralismo hasta lanzamientos de libros póstumos y conmemoraciones que Daniel ha liderado.



*Fuente: Archivos de Daniel Chaparro*

En el año 2021, el Festival de Literatura de Bogotá rindió un homenaje y realizó varios encuentros en torno a su obra y gracias a la Fundación Fahrenheit 451, se compiló en un libro antológico la mayor parte de su obra poética y algunas crónicas y reportajes que

realizó. Durante esta jornada, también se realizó un mural ubicado en la calle 118 con 6°.

Por supuesto, Daniel ha estado presente en cada una de las iniciativas.



*Daniel y el mural de su padre, 2021. Fuente: El Espectador*



**Julio D. Chaparro, el rostro de 10°  
Festival de Literatura de Bogotá**

*Fuente: El Tiempo*

Para Mónica, en cambio, su ejercicio ha sido más solitario. La reticencia a hablar de Ricardo tiene como móvil la forma en que lo asesinaron y todas las disputas políticas detrás del porqué. Las cuales, finalmente, hicieron que Mónica se motivara a iniciar un viaje de reivindicación con su padre y su praxis revolucionaria. Mónica se ha acercado, no solo desde el dolor provocado, sino desde una distancia vivencial que le ha permitido revisar la experiencia y movilizarla. Es esa tensión la que termina siendo una bisagra: *“Uno como hija es lo que queda de ese proceso y me toca a mí reconstruir, limpiar la imagen... para*

*mí es muy importante porque pues una en últimas es la que sufrió, la ausencia la lleva una como hija. La carga emocional, la mochila, la responsabilidad histórica, pero también la social. Este proceso es sanador para mí. De mi papá han dicho muchas cosas, que fue un traidor, que hizo, que lo otro...”*

A partir del incidente que tuvo Mónica en la universidad, empezó a buscar y a preguntar todo sobre su padre. *“Empecé a hablar con sus amigos, y cuando empecé la tarea me di cuenta del impacto histórico y político hasta transformativo que tuvo Ricardo, no solo como revolucionario, sino como ser humano. No solo fue descubrir de quién era hija, sino también darme cuenta que fue un hombre que apostó su vida por unos cambios importantes y bueno... lo iba logrando, era un hombre consecuente y coherente. Fue descubrir una vertiente de saberes que hay de ese hombre en mí.”*

Para esto, Mónica ha recorrido los pasos de Ricardo por el mundo, entrevistándose con las personas que lo conocieron de cerca y recogiendo toda la información posible de quién fue él. Incluso “enemigos”, como el general Valencia Tovar, uno de los hombres que comandó la Quinta Brigada que dio de baja a Camilo Torres y quien más combatió al ELN en la época de los 60, 70 y 80: *“Te cuento... yo no soy ni periodista ni nada, pero cuando empezó todo esto me fui al círculo cercano de mi papá; personas que estuvieron con él. Y ellos me mandan a leer un libro. Me dicen, ¿usted quiere saber qué le pasó a su papá? Léase esto: Historia contada a dos voces. Cuando yo lo leo había una cantidad de monstruosidades de mi papá. Que era un delator, no sé qué. Y yo decía ¿será que esto es verdad? Y empiezo a investigar... ¿quién dijo que mi papá los había delatado? Y contacté a Valencia porque como él era columnista en El Tiempo, aparecía su correo. Le escribí diciéndole que era la hija de Ricardo Lara, que estaba haciendo un proceso de memoria sobre él y tenía entendido que él conocía muy bien la historia de mi papá y le dejé mi*

teléfono. Cuando nos vimos, me empezó a decir que mi papá era un bandido y yo solo le preguntaba si mi papá era un delator. Entonces me dijo: yo se lo digo a usted como hija. Su papá jamás delató, pero estaba destinado a morir, porque sino lo mata el ELN lo hubiéramos matado nosotros. Entonces empecé a hacer un mapeo de todas las personas que estaban vivas, porque yo dije, no puedo quedarme con una sola versión de la historia. La historia contada a múltiples voces. Nombres, ubicaciones, los llamé, les escribí... Después pude hablar con varios compañeros e incluso viajé a La Habana para hablar con Fabio Vásquez. Digamos que he tenido el privilegio de poder escuchar las cosas de voz primera.”



Mapa de recorrido de Mónica en comparativa con los de su padre, s.f. Fuente:

Archivo de Mónica Lara

Mónica ha usado también la escritura como una herramienta para rescatar del olvido su nombre y construir una historia alternativa, con matices, de la vida revolucionaria de su padre. En los diálogos con ella, la intención de recuperar los recuerdos motivó la narración.

La interacción que hay de parte de otro activo que escucha lo transmitido es fundamental para recobrar la voz. En algunos casos, salieron a flote sentimientos que se habían reprimido o se evadieron durante mucho tiempo. A medida que Mónica contaba de su padre, pasó de la nostalgia y la tristeza a recobrar memorias familiares y a pensarlo, incluso, con felicidad: *“He tenido todos los choques posibles. He llorado, he sentido impotencia y frustración. Es conocer al papá que no está; es plantearse preguntas que no van a tener respuesta. Es entender por fin que ya no está para responder. Él tiene un video donde habla recién salió de la guerrilla y volver a sus gestos, escuchar su voz, el movimiento de sus manos: recordar a quien habías olvidado. Pero también siento mucha alegría y mucho orgullo de saber quién era él.”*

Una de las apuestas fue recoger múltiples voces en un libro compilatorio llamado *Ricardo en el corazón de sus amigos*: *“Aquí no solamente escribieron amigos que estuvieron con él en la guerrilla sino también en el Frente Amplio del Magdalena Medio para que las versiones sean diversas y amplias.”*



*Fuente: Archivo de Mónica Lara*

También su proceso ha sido documentado a través de entrevistas, una de ellas realizada por El Espectador, pero también otros medios alternativos han abierto sus

espacios para que Mónica pueda contrastar las versiones de esa historia oficial con voces plurales y con la suya propia, como hija y sujeto político.

**Mónica Lara, hija de un cofundador del ELN asesinado: "A la guerrilla le va a costar asumir errores en la negociación de paz"**



*Fuente:* <https://www.publico.es/internacional/monica-lara-hija-cofundador-eln-asesinado-guerrilla-le-costar-asumir-errores-negociacion-paz.html>

Mónica es una hija del conflicto, como ella dice. Defender la memoria de su padre es un ejercicio que ella asumió: *“Llevo años haciendo este trabajo en torno a Ricardo. Durante mucho tiempo se dijeron cosas que no son ciertas.”* Para ella, el trabajo de su padre significó el pasaporte a su propia muerte. En la historia del ELN, escrita por quien era en su momento el comandante de la organización Nicolás Rodríguez Bautista, alias Gabino, Ricardo es tildado de “indisciplinado, de baja moral combativa y soberbio”: *“Yo no quiero maquillar las cosas, ni distorsionarlas, para mí Ricardo fue un miserable y descompuesto.”*, dice Gabino. Además, alude a los supuestos excesos de alcohol y mujeres por parte de él. Incluso, pone en duda si Ricardo fue capturado por el Ejército luego de haber abandonado la lucha armada o si se entregó para dar información sobre el grupo. En más apartados del libro, sobre todo en un capítulo específico llamado *La deserción de Ricardo Lara Parada*, se refiere con fechas y nombres sobre el abandono de Ricardo. Así

son los centenares de relatos donde o se elimina a Ricardo de la historia fundacional del ELN o se habla de su moral y sus valores, como una justificación de su enjuiciamiento y posterior asesinato (El Espectador, 2018):

*“A mi modo de ver, por estos mismos errores políticos, humanos e ideológicos del guerrillero eleno, fue quizá decepcionándose de una vida en el monte dura y con frustraciones donde se prohibía incluso abrazar al hermano de lucha, porque el afecto se concebía como burguesía. Se olvidó lo que expresaba el Che: el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor, siendo imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad.”*

Emprender esta tarea tiene para Mónica muchos significados no solo personales sino sociales y colectivos: *“La razón por la que decidí empezar con esto era un poco para entender los silencios, para que se sepa qué pasó y qué es verdad y qué no. Es muy triste cómo personas como mi papá, que hicieron tanto por el país, que rectificó su camino y lo llevó después a través de la palabra, quede en el olvido y que no se diga nada de él. Es como si no existiera. Lo han querido tachar de la historia y no han podido. Y cuando yo escuchaba de Carlos Pizarro, de Bernardo Jaramillo decía: ¿Y por qué de Ricardo no hablan? Esto no puede ser, no puede ser que lo ninguneen de la historia. Y sobre todo que el ELN no lo reconozca. Hay muchos libros de ellos que hablan de los primeros comienzos, pero no hablan del impacto que tuvo Ricardo. A ellos el tiempo se les pasó... Es sacarlo del baúl y traerlo a la vida y traer su historia. Fue Manuel Pérez y otros comandantes del Comando Central quienes dieron la orden de enjuiciarlo y mi papá fue comandante de él. Bueno... la historia del ELN no es ni objetiva ni neutral en ningún sentido.”*

Esta historia también ha permeado su mundo relacional y la vida de su compañero y sus hijos: *“Mi compañero Robert él ha sido desde el principio quien me ha acompañado en*

*este proceso y te digo, yo creo que, si no fuera por el soporte y la compañía y la mirada también que él me da un toque de realidad, porque a veces tú como hija todo se vuelve muy emotivo, muy pasional y entonces él me aterriza. Él me acompañó a Cuba, a París, mejor dicho... él me dice: yo te quiero a ti, pero de Ricardo me enamoré, de la historia además porque él siendo catalán español. Y mis hijos, bueno, también han acompañado esto preguntando, intentando conocer a su abuelo. Cuando fue lo del paro, mi hijo estuvo marchando y yo la pasaba terrible...yo pensaba me lo van a matar, me lo van a desaparecer, pero cómo le decía que no se involucrara si eso lo llevamos en las venas. Sí queda uno muy marcado con esto y cómo entiende el concepto de la familia, el respeto por el otro como un ser político.”*

En los contextos de conflicto y guerra, los vínculos de parentesco se revelan como un valor primordial en la construcción de las memorias y en las demandas públicas de justicia y verdad: “la pérdida familiar impulsa la salida de los lazos y sentimientos privados hacia la esfera pública, rompiendo decisivamente la frontera entre la vida privada y el ámbito público” (Jelin, 2001). Y una de las principales consecuencias de esta exposición ha sido la ruptura de fronteras que separan lo privado de lo público y, que me atrevo a decir, es una confrontación directa entre la casa vacía y el exterior que entró sin permiso. En este marco, como ya lo refiere Zenobi (2014), se resignifican las subjetividades porque se generan nuevas filiaciones, surgidas a partir de la experiencia de pérdida, que amplía ese sentido de compromiso sobre la base de un sentimiento común: una experiencia política compartida. La experiencia, al exponerse en lo público, permite su propia reelaboración y emerge una nueva subjetividad que se elabora con los sentidos que se le dan a la misma. En el momento mismo en el que la guerra entra a una casa, la experiencia familiar se

transforma en una experiencia política, porque son las prácticas amparadas en los contextos del conflicto los que politizan lo doméstico (Zenobi, 2014).

¿Qué hace la gente con la emoción generada a partir de la experiencia de violencia? ¿Cómo darle un nuevo sentido? En Argentina, por ejemplo, es bastante claro que luego de la dictadura militar y varias décadas siguientes, con las aperturas contextuales para hablar abiertamente de lo ocurrido, nuevas generaciones de descendientes de esa experiencia de violencia propusieron formas de recrear esos legados. Los cuales, desde el campo tradicional, se consideraron como traumáticos y que, a raíz también de crear nuevas conceptualizaciones y sentidos, inauguran procesos novedosos de reconocimiento, de reclamo y de agenciamiento de sus propias historias. *Los Rubios*, de Albertina Carri (2003) o *Los Topos*, de Felix Bruzzone (2008) son algunas estrategias narrativas y estéticas que se convirtieron en modos no victimizantes de habitar la experiencia de la ausencia. Los duelos y las victimizaciones aparecen entonces como una transfiguración de las formas tradicionales en las que se concibe la familia y la filiación, esto porque es esta generación la que ha aprendido a negociar con esos legados y ha crecido con nuevos lenguajes y modos de socializar con su ausencia-presencia (Sosa, 2017).

Para Pilar, Daniel y Mónica, el escenario de dolor que produjo la pérdida de su ser querido se convirtió en un móvil de creación y de agenciamiento, que dista de las maneras tradicionales en las que socialmente se concibe el papel de la víctima: uno desagenciado, amplificado solamente desde el sufrimiento y, por supuesto, patologizante en algunos casos, como ya lo desarrollé en líneas anteriores. Las palabras enferman o curan, parafraseando a Freud. En lo primero nos enferman porque se quedan fijas y nos vuelven inmóviles ante un destino sufriente. El otro camino puede lograr ubicarnos de una manera diferente, como sujetos desde un acto creativo, y es desde allí donde se han enunciado ellos.

Daniel ha sido frontal con la forma en la que ha entendido su agencia y el sentido que le ha dado a la experiencia: *“el agenciamiento del ausente a mí que me lo empaqueten y todo bien, yo sí quiero tener agencia sobre mi vida, sobre mi cuerpo. Yo quiero hablar, encontrarme con los otros y decirles que nosotros podemos tener una opción de cambiar un poquito esas cosas que nos incomodan. Esa sí que se volvió mi lucha, esa es sí la revolución con este cuento. Yo quiero ser un sujeto y mirarme por otras cosas, entonces ahí es donde viene uno y tiene esa posibilidad de crear y con la creación volver a que el reflector no esté en uno como un objeto sin proyectar sino a salir del escenario, salir de la tarima y sentarse en los butacos del teatro y ser la audiencia también, eso no solo se logra metido en el cuento hasta el fango como nosotros, sino creando, pero creando transgrediendo.”*

La víctima, desde las prácticas convencionales de entender el conflicto, fue útil para responder a vacíos jurídicos que permitieran homogenizar procesos y lo que logró, en muchos sentidos, fue reducir la validez y singularidad de las historias. Ser víctima implica enunciarse dentro de una categoría fija, que resulta compleja para sujetos que no quieren sentirse anclados a esa experiencia y de esa forma. Eso no quiere decir que no se le reconozca la intención que tiene dentro de un proceso de reparación, pero también funciona para deslegitimar y desconocer procesos subjetivos emergentes, que se salen de lo estático para dinamizar la particularidad del sufrimiento (Jaramillo, 2008). En este orden de ideas, ellos se han enunciado desde esta categoría de manera estratégica; es decir, le han dado un cuerpo de sentido y la han resignificado en los intersticios para darle otro locus: *“Ahí, te voy a decir, mira, a mí que me digan que tú eres víctima... a mí esa palabra me da escozor. Yo no voy a ser víctima toda la vida, yo lo entiendo más como un tema político y*

*administrativo. A mí me revictimiza más que me digan víctima. Nosotros no somos solo eso. Somos hacedores, tejedores, transgresores”*, refiere Mónica.

Lo interesante de esas formas estéticas de hacer memoria es que abren paso a un nosotros, porque la ausencia que se presenta a través de las diferentes apuestas que proponen ellos tres, amplifica otros sentidos de entender lo comunitario. Esto quiere decir que, ese linaje de la pérdida, que parece que solo habita el familiar directo, también puede ser habitado por quienes adoptamos y entendemos esa forma de duelo como un compromiso político y personal. Cuando menciono esto, se me viene a la cabeza un ejemplo muy interesante de la dramaturga argentina Lola Arias: *Mi vida después*, y que se asocia a las apuestas de los tres. En esta obra, aparecen seis actores nacidos en la década del setenta y principios de los ochenta que reconstruyen la juventud de sus padres a partir de fotos, cartas y ropa. Sus preguntas hablan de las historias no únicas, del encuentro de generaciones como forma de revivir un pasado y el cruce de líneas entre la historia oficial y las historias alternativas. Uso este ejemplo porque ese material tan frágil que habitan las vidas privadas en las casas vacías puede funcionar como un encuentro para públicos ampliados (Sosa, 2017), y para reconocer nuestro dolor en las palabras del otro. Y es esa ruptura de fronteras entre lo público y privado la que controvierde a la historia oficial. En *El peligro de la historia única* (2018), Chimamanda Ngozi Adichie señala lo personal como un marco de significación en la noción de la historia y la ficción como un medio de construcción de la identidad. Yo cambiaría la ficción por prácticas artísticas y narrativas que critican la ideología detrás de los sentidos únicos y universales. Para (Adichie, 2018) la historia única no es la narración de un acontecimiento sino un enfoque donde las historias personales intervienen en la formación de la Historia. La cuestión de las prácticas se relaciona con esto, ya que para la autora y para mí, por supuesto, estas se convierten en un

medio para explorar cómo las formas de sentir y pensar de los sujetos tienen un papel central en la conformación del sentido de un pasado, presente y futuro en común. La narración de la historia única en la obra de Pilar, en los textos de Daniel y en los procesos de Mónica han sido un ejercicio para entender la complejidad y heterogeneidad de su experiencia. Lo oficial y lo universal es una construcción social que, como mencioné antes, se sostiene con los recursos del discurso dominante y no es transparente ni neutro, responde también a intereses. La narración de la historia única, a través del uso de las herramientas que ofrecen mis interlocutores, refleja que la memoria no es algo privado. Esos relatos son una intersección entre la historia particular y la Historia, entre la subjetividad y lo colectivo. Las apuestas narrativas y estéticas se convierten en formas de liberarse de las constricciones de la memoria oficial.

La “verdad” de los hechos que se trata de alcanzar en este tipo de narrativas no es una “verdad” epistemológica o metafísica, sino una verdad en sentido crítico. Es decir, se trata de cómo se percibe el pasado y como ese pasado se refleja en uno mismo, sin que eso signifique despojarse de su sujeto agenciante. Es una construcción a partir de los sentidos, las sensaciones, los deseos y la intimidad de habitar la ausencia y cómo esto se inscribe en un contexto social.

En otras formas de comprender los duelos y armar la historia única, los muertos ocupan un lugar fundamental en la cosmogonía de las familias. Pienso, por ejemplo, en el día de los muertos en México, donde las ausencias se vuelven el constitutivo de celebración, donde los vivos ayudan al muerto a convertirse en una manera de ser y quien lo conduce es quien asume esa responsabilidad: “hubo, cada vez, un “ser por hacer” y un vivo que acogió este requerimiento” (Despret, 2021, pág. 21). Los duelos transgresores, como me atrevo a llamarles, sitúan a la ausencia en el aquí: en la palabra, en la casa, en el

último espacio que ocupó el cuerpo físico, un sitio para los encuentros donde aparecen más habitantes. El duelo transgresor que han vivido Pilar, Daniel y Mónica ha sido un proceso tan particular y transformativo que se instaura en las micropolíticas de una subjetividad emergente. No existe para ellos una categoría traumática dentro de su nuevo sentido de la experiencia, porque la han elaborado a través de un *performance* que da cuenta de sí mismos, de sus propias evoluciones: honran a su ausencia siendo justamente lo que ellos son. Recordar para ellos es un acto de creación colectivo, una fabulación, un fabricar relatos que recomponen y reconectan a las ausencias con las vidas que quedan en las casas. A eso Mónica, por ejemplo, le ha llamado sanar: *“Yo no sé si he elaborado eso que llaman duelo, porque cada vez que empiezo cualquier proceso es un dolor, es esa sensación que me descompone. Pero cada vez que hay un reconocimiento, que logro aunque sea traerlo de vuelta... Por ejemplo, esto que estamos haciendo tú y yo en este momento, para mí eso es sanar. Esto es ir haciendo el duelo.”* Quienes los leen o los ven en puestas en escena observan su pasado y la subjetividad que emerge para dejarse transformar por la experiencia de la pérdida (Sosa, 2017).

Estos escenarios estéticos o narrativos les han permitido encontrarse con un trabajo de duelo que se realiza en el encuentro con los otros, con los extraños o los distintos y entonces los sentidos de la experiencia se expanden más allá de lo que significa ser víctima, porque se transmite el relato, lo que se ha creado con la experiencia para construir lazos que no se centran solamente en la narración victimizante de pérdida, sino en nuevas formas placenteras de hacer memoria: vestir e investir las experiencias de la ausencia y la pérdida con nuevos atuendos y campos de afecto que generan unas formas de vínculo alternativas que suman a esa subjetividad emergente (Sosa, 2017). En los sentidos nuevos habitamos otros residentes, cada vez que a alguien les llega su historia, a través de estos dispositivos,

una nueva habitación se construye dentro de la casa y se revelan formas ampliadas y dinámicas de habitar las ausencias.

La memoria, entonces, se traduce como un objeto de disputa y luchas porque deja de parecer que solo la versión de la historia oficial es la legítima. La subjetividad emergente se convierte en un portavoz o “emprendedor de la memoria”, como diría Jelin (2001), que reconoce los cambios históricos y el lugar de una voz única, aún enmarcada en el discurso dominante que construyó esa historia oficial. En esta discusión, entonces, aparecen los nuevos residentes que habitan esa casa porque su compromiso político involucra allí su subjetividad, que se va transformando con el relato, su propia experiencia y sus emociones.

Es aquí donde el papel de la memoria colectiva cobra sentido, sobre todo, como acto liberador y no de sometimiento. Los marcos sociales de la memoria, como los define Halbwachs (1925), permiten una negociación entre la memoria individual y colectiva no como conservación sino como construcción del pasado. Un pasado como lugar donde las memorias se encuentran en constante disputa. Por eso, el carácter testimonial y transformador que tienen las apuestas narrativas y los nuevos residentes que suman su compromiso a transmitir la historia, se convierte en un instrumento propio para transformar la subjetividad y las ambigüedades y silencios hacen parte de esa construcción que se compone y recompone con las narrativas.

En este sentido, la transmisión y lo testimonial cobran un sentido importante. Los nuevos residentes de esa casa cumplimos un papel de escucha movilizado por el afecto, y quienes viven la experiencia de violencia son el testimonio vivo y resignificado. No sobra recordar, por supuesto, que la memoria se encuentra fragmentada y que no corresponde a un relato de la verdad total de una vivencia, en esto Pilar, Daniel y Mónica han posicionado su historia. Ninguno es como Funes el memorioso, que tenía la capacidad de memorizar

todo lo que pasaba por su mente. Hablar de la memoria es un trabajo de selección, reflexión y de acción conciente que tiene implicaciones políticas, sociales y culturales. Mis recuerdos de Jimmy, Julio Daniel y Ricardo están mediados por lo que me cuenta Pilar, Daniel y Mónica y, a través de esta narración, ellos tendrán una construcción memorial diferente. Este escrito en sí mismo es una transformación del recuerdo y de lo que escuché e investigué atentamente. Para que esto haya ocurrido, como menciona Jelin (2001) pasaron dos cosas: una, existió un proceso de identificación y otra, que quienes recibimos ese pasado podemos darle un sentido propio y podemos actuar frente a él. Si no hay una reelaboración, es repetición sin afecto, que conlleva al exceso de información (a lo no mediación o selección) y al olvido de la misma. Los sentidos y la posición que se toma respecto a los hechos varían en cada nuevo residente de esa casa transformada. Lo que cambia no es la versión de la historia, sino la forma en la que se transmite (se enuncia, se recibe y se retransmite).

Por eso las estrategias narrativas, a pesar de tener un fundamento estético de base similar, tiene divergencias: “el trabajo residual de la memoria se mueve de escena en escena, a la búsqueda retrospectiva de aquellas intermitencias que aún contienen energías latentes.” (Richard, 2010, pp.16). La memoria de Pilar, Daniel y Mónica es transgresora y crítica: porque confronta las lecturas oficiales del pasado y no busca apaciguar el recuerdo, sino por el contrario reanima reinterpretaciones, descifra los mutismos y negaciones que socavan las representaciones de la historia de su familiar y le dan libertad para transitar a través de las prácticas narrativas y estéticas. Esa libertad se desplaza por diferentes escenarios temporales y espaciales, viaja por el cuerpo de generaciones a quienes se les transmite un relato que se puede performar y darle un cuerpo simbólico al recuerdo. Estas prácticas, como lo menciona Richard (2010), se ubican fuera de lo institucional o lo

académico, precisamente por eso su heterogeneidad y transgresión disciplinar. Las oficializaciones de la memoria privilegian posturas apaciguadoras y totalizantes para las víctimas ¿qué pasa entonces con quienes no se reconocen en esas memorias? Como lo demostraron Pilar, Daniel y Mónica, no hay un guion universal para representarse en una experiencia de violencia: hay voces dispersas, desconexiones, fragmentos sueltos y olvidos impuestos que permean su propia subjetividad que emerge bajo esta condición de crítica. El trabajo de la crítica permite contrastar las diferentes construcciones enunciativas que le dan fuerza a la intención del recuerdo y trabaja con el cuidado: resimbolizando la experiencia y abriéndole espacio a dispositivos de agencia de los sujetos. No es solo recordar para repetir una verdad alojada en la memoria, es cómo los soportes y las técnicas para inscribir los recuerdos y producir las memorias apartan a esa memoria lisa, sin resquebrajos y habilitan el espacio para una memoria dislocada pero dotada de otro sentido. El pasado es todavía un hito sin resolver, en constante transformación, sin espesor, una interminable contienda.

#### **4. Volver a casa**

Me gusta el agua dulce, pero tengo que crear mi propio río

**Fragmento de entrevista, Daniel Chaparro Díaz**

De todo lo expuesto a lo largo de esta investigación, rescato varias rutas clave que recogen diferentes hallazgos e impresiones propias y nos permiten volver a casa.

##### **La violencia que ingresa a la casa:**

Centrar el análisis de la violencia ocurrida en las décadas de los ochenta y noventa en Colombia revela la profunda complejidad de un periodo marcado por la violencia política. Esta violencia no solo afectó a los insurgente y contrainsurgentes, sino que

también tuvo un impacto devastador en la intimidad de las casas que se convirtieron en un blanco de acciones de violencia y represión. El contexto internacional, por supuesto, amparó estas dinámicas de violencia pero la particularidad del conflicto colombiano agudizó las formas en las que los cuerpos de los diferentes u opositores, debían ser tratados. La consolidación de la doctrina del enemigo interno fue una piedra angular para justificar la violencia. Esta noción no solo estigmatizó y persiguió a los que se oponían u opinaban distinto al orden establecido, sino que tuvo un carácter deshumanizante y dominante frente al relato de la historia oficial. A pesar de las circunstancias tan complejas, el surgimiento de iniciativas de denuncia y resistencia obligaron a mirar una y otra vez hacia el pasado y cuestionar la impunidad y el abuso de poder, lo que permitió la transmisión de memoria y la construcción de la historia única. Esta forma de violencia persiste incluso muy a pesar de la firma del Acuerdo de Paz en 2016 y sigue siendo un desafío crucial entender cómo la guerra sigue afectando la intimidad de una casa. La revisión del pasado proporciona lecciones fundamentales para el futuro, entre estas, la importancia de la investigación rigurosa y el valor de visibilizar, desde el afecto, las historias únicas que los familiares han venido construyendo de su ausencia-presencia. Este periodo histórico y la violencia política que no cesa de entrometerse en los hogares, no puede entenderse de manera aislada, sino que debe acudir a comprenderse en la interacción de factores globales y dinámicas sociopolíticas que transforman las experiencias de violencia. Comprender estos factores, así como el poder transformador de la memoria, es esencial para trazar un panorama completo de las experiencias y sus implicaciones en lo íntimo.

Analizar las experiencias de violencia a través de las historias de vida de mis interlocutores, me permitió identificar no solo el contexto de lo ocurrido sino las estrategias narrativas y estéticas utilizadas por ellos en ese proceso de construcción de su subjetividad

política ligado a la memoria de lo experimentado. Esa identificación abrió paso a dialogar de manera crítica con las conceptualizaciones que se centran en recoger estas experiencias desde la perspectiva de la victimización, el trauma y los daños. En este proceso, mis interlocutores y yo mostramos las estrategias subjetivas para posicionarse frente a estas experiencias de violencia y construir narrativas en torno a lo sucedido y, cómo esto se representa en la cotidianidad y en las acciones reivindicativas para la propia búsqueda de verdad, memoria y justicia. Finalmente, la casa que nos habla de lo íntimo de la guerra se vuelve un objeto inmerso en el campo político, porque el conflicto decanta en las vivencias más cotidianas de quienes habitamos este país.

### **Vaciar la casa para rehacerla**

Haber explorado de manera profunda y detallada cómo la experiencia de violencia afecta a las personas en un contexto específico, en compañía de las historias de Pilar, Daniel y Mónica, me permitió concluir lo siguiente:

1. La diversidad de experiencias de violencia que irrumpen una casa y la forma en la que los habitantes las comprenden es profundamente personal y está influida por el cuerpo que encarna ese sentido de la experiencia, donde influyen una serie de factores como la clase social, el género y el contexto. Cada uno de ellos afrontó esta experiencia de manera única, lo que nos habla de que no hay fórmulas mágicas ni universales para asumir un hecho violento.
2. La violencia en una casa no solo tiene impacto externo en la vida cotidiana de los sujetos, sino que transforma sus percepciones y su relación con el contexto. Las nuevas subjetividades que emergen a partir de eso se reconfiguran en respuesta a las experiencias, a una adaptación y una evolución subjetiva y

política de lo íntimo y lo público. Y es plural. No responde a lo que el contexto quiere de ellos, sino por el contrario, controvierte todo lo establecido.

3. Los silencios también son parte de esa emergencia subjetiva y hablan, sin hablar, de que las historias únicas para construirse se enriquecen con recursos inimaginables: con olores, con olvidos, con gestos que se van borrando con los años.
4. La memoria es una forma de mantener conexión con la ausencia-presencia pero también un lugar de enunciación desde la agencia y la resistencia de la subjetividad que aparece para *matar al padre*, como menciona Daniel.

Las historias de Pilar, Mónica y Daniel ejemplifican cómo los sentidos tradicionales de la victimización y el trauma pueden limitar la comprensión basta de las experiencias humanas en un contexto de violencia. Su propio trasegar y resistencia a ser definidos únicamente como “víctimas” muestra cómo las estrategias narrativas y estéticas pueden convertirse en un móvil donde los sujetos pueden reclamar su propia voz y narrar su historia única desde un lugar de agenciamiento. Al cuestionar y transgredir las categorías convencionales y su impacto en lo subjetivo, Pilar, Mónica y Daniel desafían la cosificación y la revictimización a las que a menudo se enfrentan los habitantes de una casa vaciada por la violencia. Su propósito les ha permitido trascender los estereotipos y lo impuesto, para reclamar una identidad que refleja su capacidad de agenciarse y transformarse. Sus ejercicios han desafiado cualquier construcción convencional lo que, para mí, refleja una valiente búsqueda de comprender y comunicar su historia única bajo sus propios términos.

La exposición y transmisión de las experiencias de violencia se ha concebido para ellos en una transformación creativa de la memoria. Estas nuevas formas de permitirnos

contar la historia han abierto el camino para reconectarnos con las ausencias y una redefinición de nosotros mismos, trascendiendo la victimización y el trauma como el único camino pedregoso que debemos habitar.

La manifestación de las experiencias familiares en la esfera de lo público ha sobrepasado las fronteras de lo privado y lo público. La confrontación entre la *casa vacía* y el mundo exterior, ha impulsado a politizar lo doméstico y a convertir la pérdida en una experiencia política compartida. Esto, por supuesto, como lo evidencia la identificación de las estrategias narrativas y estéticas, ha generado una comprensión más integral de cómo estas prácticas rompen con lo convencional y desafían el relato de la historia oficial.

Los duelos transgresores, como quiero llamarles, han llevado a una reconfiguración de la subjetividad y la construcción de sentido. El desvincularse de una narrativa revictimizante y abrazar un enfoque creativo, ha convertido a Pilar, Daniel y Mónica en hacedores y tejedores. Sus prácticas han desafiado las únicas verdades que se cuentan de sus familiares y han ampliado la comprensión de la historia como una intersección entre lo subjetivo y lo colectivo.

Estas estrategias narrativas también han dado lugar a memorias plurales, críticas y a la deconstrucción de una historia oficial. A través de estas prácticas, ellos han puesto el foco en la importancia de las historias íntimas de la casa habitada en la formación de la Historia y como un desafío para la hegemonía de la memoria oficial. El teatro, la autoficción, las cartografías, los archivos, entre otras estrategias de expresión subrayan el poder transformador del arte y la narrativa en la construcción de memorias y en la reimaginación de la experiencia de violencia. Las palabras y lo estético y performático ayudan a sanar y trascender las limitaciones de las convenciones hegemónicas de la victimización.

Las narrativas subjetivas en el contexto del conflicto armado desafían la noción de una verdad absoluta. Más bien, estas narrativas buscan construir una verdad crítica que refleje cómo se percibe y se le da sentido al pasado. Al sobrepasar la búsqueda de certezas en la historia oficial, las narrativas que en este caso Pilar, Daniel y Mónica comparten, exploran la complejidad de un lugar íntimo que ve modificada su cotidianidad por la violencia.

### **La reconstrucción del tejido a través del afecto**

El ejercicio narrativo y testimonial que han realizado Pilar, Daniel y Mónica, a través de las estrategias que mostré anteriormente, no se trata de una elaboración solitaria, ni un arduo trabajo de análisis testimonial para encontrar fisuras, sino una acción de tejido. Una construcción de un espacio activo, donde se construyen relatos e historias con materiales memoriales y con las nuevas subjetividades transformadas. No solo es importante el sujeto que experimenta la violencia directa, sino quien recibe los restos de esta y la transforma para resignificar el pasado, como advierte Hirsch (2012) al hablar de la memoria transgeneracional o posmemorial.

El trenzado que se teje en colectivo no se limita solamente a oír palabras sino a leer silencios, a comprender los olvidos, los pasajes en trámite, los gestos que aparecen y, cómo se integra todo ello en el imaginario social con una voz y un sentido de memoria. Por eso, las elaboraciones que invitan a volver a la casa, transformados, con nuevos lazos afectivos y otros compromisos políticos pueden ligarse a reflexionar y a seguir creando espacios de apertura, que ponen a la paz sobre la mesa, que tiene un espacio en ese hogar que fue impactado por la experiencia de la violencia. Como refiere Martín Baró (1998), es necesario comprender que, en el marco de la violencia, el daño o impacto causado se gesta en el contexto social y es allí donde se debe reparar.

### **Por último:**

Las cosas no son como suceden sino como se recuerdan, dice Gabriel García Márquez y, en ocasiones, concebimos el pasado de una experiencia como un mundo de datos o un mundo de archivos dentro de la casa donde podremos regresar y encontrar cuestiones fácticas o idénticas a como pasaron. No es así: apelamos a la imaginación y esta es siempre subjetiva y esto es necesario porque como Pilar, Daniel y Mónica, la mejor manera de fijar recuerdos es crear un sentido para ellos y no hay nada que otorgue más sentido al recuerdo que las historias. Cuando se construye una historia suprimes algunas cosas y agregas otras. La memoria es una operación narrativa y necesitamos de esas historias para soportar el peso de la vida o el peso del mundo.

¿Qué tanto podemos decir lo que pasó? Lo que sucede se experimenta una vez. La memoria, en ese sentido, funciona como un teléfono descompuesto y es esa descomposición lo que se convierte en estética. La imaginación infecta a la memoria. Conversar con ellos hizo evidente el paso del tiempo, los gestos que ya no se recuerdan, manías que se olvidan y cosas que se suprimen. Los años y el cansancio transforman las maneras de ser. No ha sido fácil todo este proceso, pero en el paso del tiempo se ha visto cómo la memoria consolida afectos a través de la transmisión. No creo que haya una fórmula correcta para recibir las historias, los silencios y las reservas de los otros, por eso una de las cosas que más me movilizó fue observar la cantidad de archivos y objetos que se vuelven un intermediario para conversar de la vida. Los libros fueron con Daniel una forma de conexión, de abrir un espacio de confianza. El centro de Bogotá fue para Pilar y para mí un escenario de encuentro que revelaba el paso del tiempo en su cuerpo y en su vida. En el caso de Mónica, fueron nuestras niñas interiores las que se acompañaron de la mano para ayudarnos a sanar y mirar con otros ojos esa historia dolorosa. Cada cosa compartida me

mostró la tristeza, las ausencias de otros, los cambios, las experiencias desconocidas que se hilieron con esa que, a mí, me inquietaba tanto: la de la violencia y que, al final, no resultó tan fundante como las que ocurrieron después. Sé que hoy cargo conmigo sus memorias y les doy otro sentido con mi propia vida y con lo que fue escribir esta tesis.

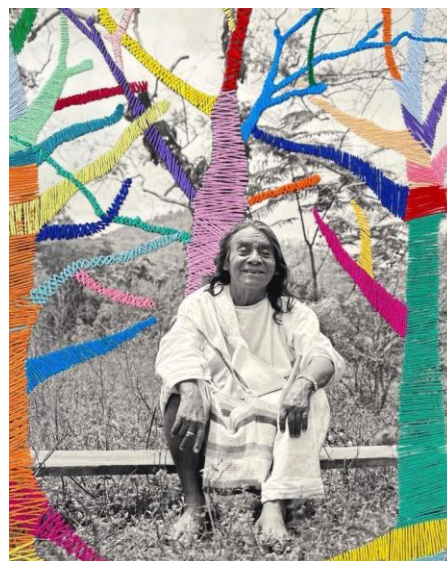
A esta niña, que sintió morir con la ausencia de su padre, las vidas de Pilar, Daniel y Mónica se convirtieron en su hoja de ruta para transformar el dolor. El amor de mi mamá, de mi hermana, de Germán y mi propio despertar hoy me invitan a atesorar la ausencia de mi papá como el evento fundante de la Tania adulta, la que puede hablar desde su lugar, la que, como Daniel, mata al padre para habitarse toda.



**Fe de erratas:** Se suponía que, al terminar esta investigación, tendría el producto final que lo acompaña; sin embargo, la lectura y escritura de este texto me tomó más tiempo del esperado. Dos años de escritura intensa y de encarnar en mi cuerpo la propia experiencia me dejó sumamente agotada pero feliz por el resultado. Tomé una pausa prudente para analizar(me), habitar(me) y abrirle paso a lo que consideré podría ser distintivo a la luz de lo que hallé en todo este proceso investigativo. En ese camino, encontré en el bordado una forma de transformar y transfigurar lo doloroso.

Hasta ahora, estoy en la búsqueda de referentes artísticos y me encontré con una técnica preciosa llamada “Fotobordado”. Esta es una técnica de fotografía experimental que transforma las imágenes convencionales que se constituyen en la fotografía llana. Con el bordado, la foto corre una suerte de intervención que le da una segunda vida y una nueva significación; también, como lo refiere Orozco (2019), el fotobordado resulta ser una herramienta etnográfica experimental de autorepresentación o representación de los otros o lo otro, eso depende de lo que contenga la imagen, pero me quedo con la primera palabra porque, finalmente, esa construcción tejida parte de mí, en este caso. La idea es tomar algunas fotografías del archivo que armé para la escritura de este documento y relacionar algunas palabras u objetos que puedan intervenir en la fotografía y representen no solo mi subjetividad sino la de mis interlocutores. El producto será entregado a ellos, junto con una copia del trabajo investigativo

Estos son algunos referentes:



Fuente: Pinterest

## 5. Bibliografía

- Adichie, C. N. (2018). *El peligro de la historia única*. España: Penguin Random House.
- Agamben, G. (2004). *Infância e história. Trad. Silvio Mattoni*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Alphen, E. (2011). Experiencia, memoria y trauma: síntomas de discursividad. En F. A. Martínez, *Trauma, cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio* (pág. 624). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Aranguren, J. P. (2010). De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura. *Papeles del CEIC*, 63.
- Así torturaban en el batallón Charry Solano. (31 de enero de 2014). *Revista Semana*, pág. 1.
- Bauman, R. (1986). *Story, performance and event*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Benjamín, W. (1999). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Alfaguara.
- Benjamín, W. (2004). *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre historia*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Broderick, J. (2018). *El guerrillero invisible*. Bogotá: Icono Editorial.
- Bruner, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- Butler, J. (2001). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Casañas, J. (9 de Mayo de 2018). Hija de Ricardo Lara Parada, fundador del ELN, recuerda a su padre. *El Espectador*, pág. 1.
- Cifuentes, M. (2009). Familia y conflicto armado. *Trabajo Social*, 87-106.
- Cortes, G. (2019). El Congreso de los Pueblos, acción colectiva intercultural y subjetividades políticas emergentes. *Tesis doctoral*. Universidad Externado de Colombia.
- Cvetkovich, A. (2003). *An Archive of Feelings: Trauma, sexuality and lesbian public cultures*. Durham: Duke UP.
- De Matta, R. (1987). *A carua: espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*. Río de Janeiro: Guanabara.
- De Souza, M. (2010). *Los conceptos estructurantes de la investigación cualitativa*. Buenos Aires: Salud colectiva.
- Despret, V. (2021). *A la salud de los muertos*. Buenos Aires: Cactus.
- Díaz Callejas, A. (2004). La crisis institucional y la doctrina de seguridad nacional en Colombia. II Foro, agosto de 1980. En J. (. Suárez, *Derechos humanos en Colombia. Veinticinco años*. Bogotá: Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos.
- Díaz, A. (2012). Subjetividad política encorpada. *Revista Colombiana de Educación*, 111-128.
- Erice, F. (2009). *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*. España: Siglo XXI Editores.
- Estrada, R. (2007). El cuerpo como territorio de la guerra: efectos micropolíticos del conflicto armado. *Dossier*. Bogotá: Unesp.

- García Márquez, G. (1961). *El coronel no tiene quien le escriba*. Bogotá: Oveja negra.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Guber, R. (2005). *El salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. . *Revista de Estudios Sociales*, 83-97.
- Halbwachs, M. (1925). *Los marcos sociales de la memoria*. Concepción: Anthropos Editorial.
- Harkin, M. (2003). Feeling and thinking in memory and forgetting: toward an ethnohistory of the emotions. *Ethnohistory*, Vol 50, 261-284.
- Herrera, M. &. (2019). Violencia política y relatos desde la dimensión subjetiva. *Historia y memoria n°18*, 49-76.
- Hirsch, M. (2012). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del holocausto*. Nueva York: Columbia University Press.
- Ibañez, J. (1992). *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión, técnica y crítica*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Jaramillo, Á. (2008). ¿Víctimas o sujetos? En J. F. Velásquez, *Conflicto armado: memoria, trauma y subjetividad* (págs. 109-113). Medellín: La carreta Editores.
- Jelin, E. (2001). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En E. Jelin, *Los trabajos de la memoria* (págs. 1-62). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jimeno, M. (2007). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. *Antípoda n° 5*, 169-190.
- Kaufman, S. (1985). Sobre violencia social, trauma y memoria. *Comisión por la memoria*.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Marín, M. (2017). Las violaciones de derechos humanos en Colombia durante los años 80 del siglo XX: acercamiento a su comprensión histórica desde la degradación y el fortalecimiento de la defensa. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 113-135.
- Martín-Baro, I. (1998). Hacia una psicología de la liberación. En A. Blanco, *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Merlinsky, G. (2006). La entrevista como forma de conocimiento y como texto negociado: notas para una pedagogía de la investigación. *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*. V. 27, 27-33.
- Perrot, M. (1991). *Maneiras de Morar*. Brasil.
- Perrot, M. (s.f.). *Maneiras de Moe*.
- Pizarro, C. (2014). La entrevista etnográfica como práctica discursiva: análisis de caso sobre las pistas meta-discursivas y la emergencia de categorías nativas. *Revista de Antropología*.
- Pollack, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata, Argentina: Ediciones al Margen.
- Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ricoeur, P. (1975). *Hermenéutica y estructuralismo*. Buenos Aires: Cuadernos de formación IDRC.

- Ricoeur, P. (2002). *La historia, la memoria y el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Scott, J. (1992). Experiencia. *La ventana n° 13*, 42-74.
- Sorgentini, H. (2003). Reflexión sobre la memoria y autorreflexión de la historia. *Revista Brasileña de Historia*, 103-128.
- Sosa, C. (2017). Una mirada queer sobre el duelo y la desaparición. En G. Gatti, *Desaparición: usos locales, circulaciones globales*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Spivak, G. (1985). *¿Pueden hablar los subalternos?* Barcelona: Museo de Arte Moderno Contemporáneo de Barcelona.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcia Pons.
- Whittemore, R. (2001). *Validity in qualitative research*. Connecticut: Yale University.
- Zenobi, D. (2014). *Familia, política y emociones. Las víctimas de Cromañon entre el movimiento y el Estado*. . Buenos Aires: Grupo de investigación en Antropología Política y Economía Regional.